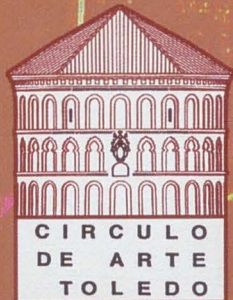


**Paco Paco Morata**  
**Antonio J.L. Contreras Lerín**  
**Manuel González Seoane**  
**Enrique Galindo**  
**Lola López Díaz**  
**Joaquín Copeiro**  
**María Antonia Ricas**  
**Juan Carlos Pantoja Rivero**  
**Tomás López Muñoz**  
**Reyes Santiago Ostos**  
**Ana Isabel Rodríguez Ortega**  
**Jesús Pino**  
**José Manuel Lucía Megías.**  
**Ramón Martín Hernández**  
**Marisa Morata Hurtado**  
**Jacqueline Jousset Rolin**

*Ilustración:*  
**Pepe Morata**

# HERMES



**CIRCULO  
DE ARTE  
TOLEDO**

Hermes III, Toledo, 2006

Revista Literaria Estacional  
2ª Etapa

Dirigen y coordinan:

María Antonia Ricas y  
Jesús Pino

Edita: Círculo de Arte

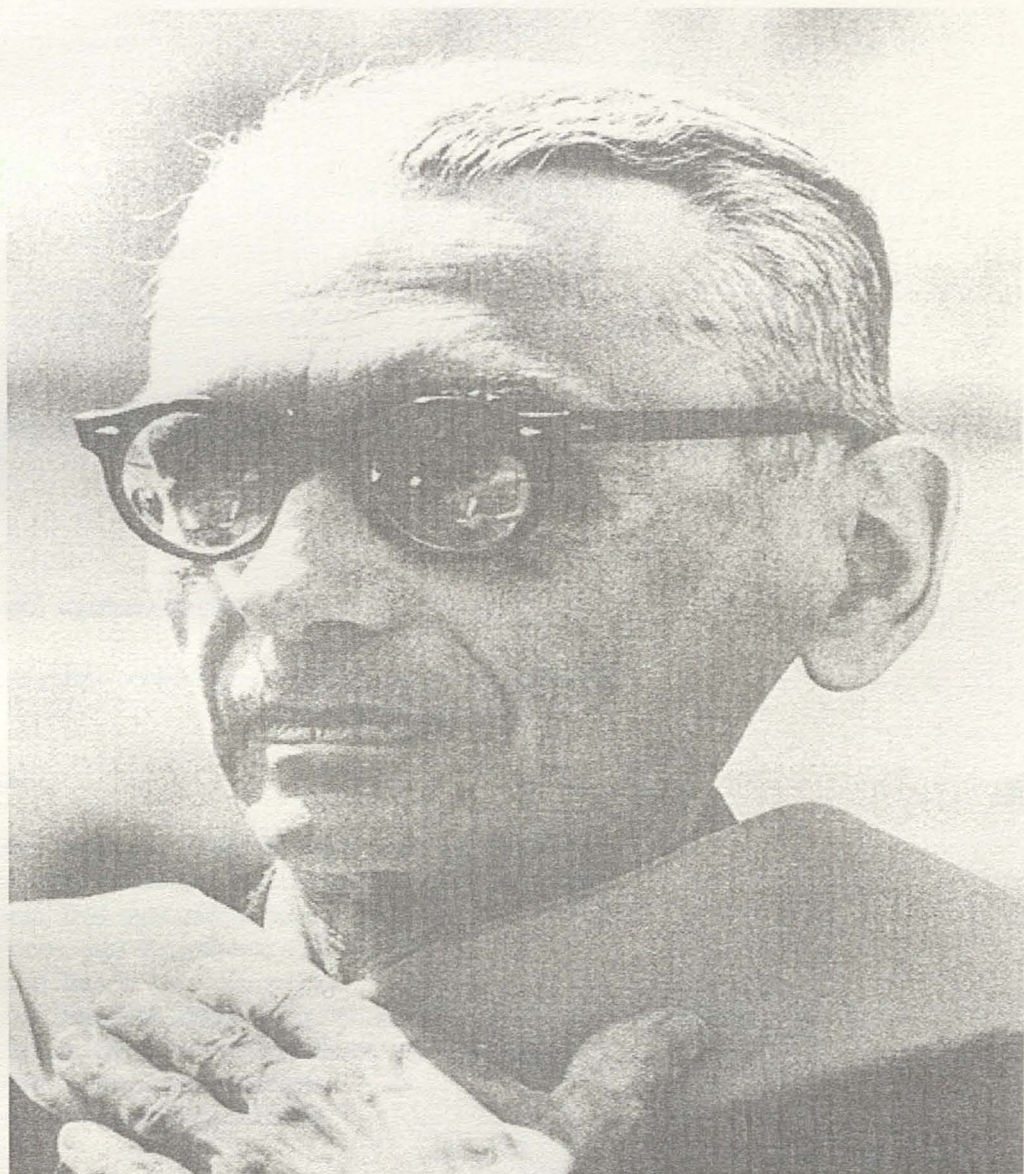
Depósito Legal: TO-654-1995

ISSN: 1135-4801





# HERMES 3



**REVISTA LITERARIA  
DEL CÍRCULO DE ARTE DE TOLEDO**



*Kurt Freidrich Gödel*  
(28 de abril de 1906 -14 de enero de 1978)

## **Paco Morata**

*al amanecer*

*Al amanecer con un beso blanco yo te desperté*

**(Lole y Manuel)**

**i.-**

furtiva de mis labios cae la piedra  
ingrvida de un beso a sumergirse  
en las aguas tranquilas de tu sueño  
con un temblor de alberca  
mi boca se propaga  
en ondas que se extienden por tu espalda  
húmedas dentelladas revestidas  
del tono ceniciento  
que anticipa el día

**ii.-**

carnal y temblorosa desperezas  
tu cuerpo embalsamado por la aurora  
tibia la piel aún  
prolongas la belleza  
más allá del dintel hacia el paisaje  
que matizan de azul  
tus ojos donde juega  
a convertirse en cielo  
la mar adormilada

**iii.-**

te das a la mañana con recelo  
como la flor precaria  
temerosa del frío que desluce  
el lujoso despliegue de las alas  
vuelas raso buscando  
el último rescoldo de las sábanas  
los templados rincones que caldea  
el incipiente sol sobre mi cuerpo

**iv.-**

tentáculo o serpiente  
me enredas en tu abrazo  
de limo hospitalario  
tanto más cálido si más desnuda  
las llamas de tus dedos laboriosos  
leyendo como un pájaro carnívoro  
el color de mi piel a picotazos



**v.-**

murmuras a la sombra de mis poros  
una plegaria hambrienta del salino  
maná de la lujuria  
ofreces a mi sed  
de errático viajero  
la humedad de un aljibe  
en medio del desierto  
que a veces veo escrito  
en trazos cuarteados de tus labios

**vi.-**

te me vuelves de arena  
la pereza  
como una ola lenta  
desmorona tu cuerpo te convierte  
en esa playa abierta donde vengo  
pez extraviado o tajamar altivo  
a dormir en tu abismo  
de cera conmovida

*Junio 2005*



Fernán Caballero, Marquesa de Arco Hermoso

## ANTONIO J. L. CONTRERAS LERIN

*El ayer*

*«Cuando éramos niños  
los viejos tenían como treinta  
un charco era un océano  
la muerte lisa y llana  
no existía»*

**(Mario Benedetti)**

Veo su rostro pegado a la ventana,  
es un rostro de niño;  
no es un sueño.  
Veo su iris, la luz,  
el vivo suelo;  
veo el caudal abierto  
y hasta una estrella veo.

Siento una mano,  
la lumbre que cobija;  
la puerta que se abre;  
las sombras que se fueron

-mis queridas sombras-,  
y los olvidos de alevés desengaños.

Veo su rostro  
junto al cristal de la ventana;  
a los compañeros de otrora,  
a mi lejana infancia.  
Veo el barrio de antes,  
y en él me veo  
como ese niño,  
un niño más,  
sin importancia.

### *Ella*

El sol juega y se esconde entre esas nubes,  
como tú jugaste conmigo en otros días.  
Fueron tiempos juveniles y sin prisas,  
y fueron días sin noche y sin malicia.

La vida pasa y los recuerdos quedan;  
son recuerdos que no deshace el tiempo,  
pues están bien sujetos a ese puerto,  
que es nuestro compañero todos los días.

Fueron horas de ilusiones y espejismos,  
bellos como oasis en desierto;  
el tiempo destruye esos injertos  
y de nuevo el frío señala un nuevo invierno.

Porque en la vida todo pasa,

y aunque uno quiera quedarse en aquel punto,  
volverá la vida, nos despertará del sueño,  
y seguiremos nuestro río, que es destierro.

Y ahora me hallo alejado e ido  
de esos sitios que fueron los encuentros;  
tú seguirás en tu senda, eso confío,  
y yo, aquí, intento recordarte en estos versos.

*Me encontré con una rosa*

Me encontré con una rosa  
aunque no era primavera,  
porque en estación cualquiera  
esa rosa seguiría rosa.

Sus pétalos eran rubios  
y su cáliz cian era.  
Su perfume fue ligero  
como el viento pasajero  
que aparece y no se queda.

Qué más yo deseara  
que mi visión se repitiera;  
y al igual que un bello eco,  
lo lejano fuese cerca  
y lo cercano fuese vera.

Mas, la distancia siempre cuenta,  
al igual que en esos sueños;  
y aunque los sueños nos duelan,  
yo deseo que esos sueños  
en cualquier estación vuelvan.



George Sand

## **Manuel González Seoane**

### *Soliloquio*

Cualquier aficionado conoce el fundamento del sonido estéreo, pero nadie hasta ahora había sido capaz de relacionarlo con algunas enfermedades -digámoslo así- especialmente delicadas. Nosotros lo hemos conseguido...

Como es sabido, para escuchar música en estéreo adecuadamente debemos situar nuestra cabeza en un punto tal que forme un imaginario triángulo equilátero con los dos altavoces; es decir, debe hallarse un lugar en el cual, al recibir el sonido, el cerebro experimente la alucinación adecuada, que dará como resultado la percepción de que la música surge, principalmente, de un lugar imposible situado frente a nuestra nariz. El más ligero error de posicionamiento eliminaría el efecto perseguido, que no es otro que el engaño auditivo. Es así como funciona. Hay luego otros sonidos menores que sí localizamos en la dirección de la fuente original, pero no son los fundamentales. Y, ahora, la pregunta : ¿podría ser también la realidad un

espejismo? Creemos que sí. Avancemos. Siguiendo el modelo explicado, Ésta -la realidad- sería el fruto de una intersección entre dos proyecciones que originarían una ilusión. Puede aventurarse, por ir un poco más allá, que las informaciones que conforman nuestras vidas se alimentan así de dos procedencias equidistantes -llamémosles pasado y futuro. ¿Se dan cuenta? Igual que la recepción del sonido en una posición inadecuada anula el efecto estéreo, una sobredosis de cualquiera de los dos componentes antedichos originaría una percepción de la realidad distorsionada. Se intuye todo un campo científico apenas estrenado. ¡Eureka! Saldremos de aquí algún día.

### *Motivos*

Sobre el escritorio, la pequeña esfera de acero, suspendida por un fino hilo metálico, baja describiendo un arco que rematará justo en la vertical, cuando golpee a la más próxima de sus cuatro inmóviles compañeras. Un instante después, en el otro extremo de la ciudad, un hombre salta al vacío sin explicación aparente.

### *Sitio distinto*

Desde la barriada, en los días de atmósfera limpia se ve el fin del mundo. Las viviendas, adosadas por necesidad, fueron construidas con dinero ganado en la emigración, vendiendo pollos asados en las gélidas calles de Zurich, despidiendo a los clientes en Hamburgo con la mano abierta y un «aféitensen», o en la mar, navegando en cargueros de bandera noruega, en los que el Varón Dandy era whisky de Malta.



El del butano hace sonar la bocina del camión y con el motor en marcha reparte casa por casa. En el número 14, pegada a la puerta, hay una bombona vacía y mojada por la lluvia que ha cesado hace sólo un instante. El repartidor llama al timbre y nadie contesta. No importa. En el 12, o en el 16, o en el 15, o en la casa amarilla, alguien pagará la bombona nueva. El que paga nunca reclama: si se han olvidado, se han olvidado; si andan mal de cuartos, ya cambiará el tiempo. Y cuando cambie, en los días de atmósfera limpia, volverá a verse el fin del mundo, allá, lejos.

### *Parto*

A simple vista parecía imposible que mi cabeza pudiese salir por aquella minúscula abertura. Mi madre empujaba con fuerza. Yo, en medio de la oscuridad, intentaba colaborar a pesar de que la angustia confundía mi sentido de la orientación. Después de un impulso conjunto noté con alivio que la coronilla estaba fuera. Pero no cedimos hasta que por fin mis ojos se abrieron al otro lado, una vez traspasado por completo el estrecho cuello del jersey.

### *Ayuda*

Cualquier historia que yo pueda contar ha sido contada ya antes, tal vez incluso con las mismas palabras, acaso en una lengua todavía por descubrir. Si digo, pues, que un coche la atropelló cuando bajaba a buscar a la librería unos lápices de colores para nuestro hijo enfermo, no estaré inventando nada; si escribo que su agonía fue tan breve que no pude escuchar su último lamento, repito lo que ya otros han dicho; suena ahora un teléfono conocido y la oigo quejarse como otras mujeres inexistentes se han quejado en

miles de sueños; y yo me rompo a cada llamada, y lo veo tan triste, a nuestro hijo, tan perdido que parece querer seguirme en esta locura. Y sabido es cómo acaba el relato, excepto si, por el motivo que sea, cayera éste en manos de alguien que jamás hubiera oído semejante historia y decidiera, leyéndolo en este punto, un final distinto, en cuyo caso quizá todo tenga remedio todavía.

### *Epílogo*

Lo que peor llevo es la sensación de que todavía dormimos juntos. Con frecuencia despierto de madrugada y lo noto en la cama, como si el tiempo se hubiera detenido antes del desastre. Sigue ahí, a mi espalda, respirando pausadamente, sudoroso a veces, huyendo del calor de mi cuerpo. Entonces me desvelo, me encuentro extraña y vuelvo una y otra vez sobre la misma idea: hay algo anormal en esto, en advertir con tanta certeza la presencia de alguien que no está, ni volverá a estar. Me digo que tarde o temprano acabará yéndose del todo, como la diadema. Me tranquiliza pensar en la diadema y en el largo espacio durante el que, después de quitármela, todavía la siento oprimiendo mis sienes.

### *Monopoly*

Jugábamos a comprar calles, construir hoteles en sus solares y, de paso, a arruinar a los demás. Cada uno elegía su táctica. Había quienes preferían los terrenos de precio módico, para poder edificar enseguida y achicharrar sin demora a los viandantes. Otros no invertían más que en las calles amarillas o verdes (las más caras) aunque tuvie-

ran que aguardar dando vueltas y más vueltas al tablero en espera de la ocasión.

Pero en una cosa había unanimidad: debías ser implacable. Y así, jamás perdonabas el peaje cuando caían en tus casillas, ni siquiera les permitías demorar el pago hasta que cobraran el siguiente paso por la salida. Acababas ganando después de sangrarlos a gusto, concienzudamente, dejándolos sin blanca tras haberlos obligado a hipotecar (¡¡a los doce años!!) todas sus posesiones. Bien mirado, el haber sido jugador de Monopoly debería constar en nuestros antecedentes penales.

### *Tatuaje*

Llevaba una imagen grabada en la retina; lo confirmó el forense.

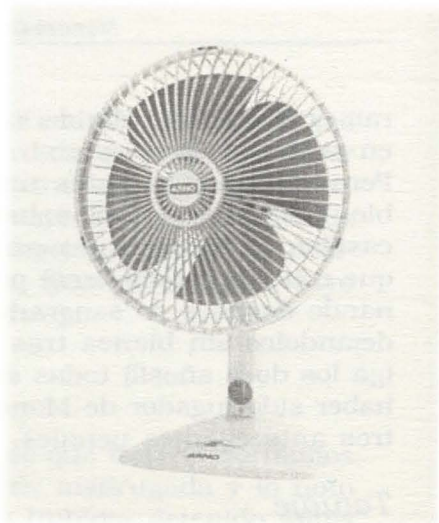
## Enrique Galindo

### *Hélices*

Me encendieron en contra de mi voluntad y me mareé.

Siempre lo intuí. Si me hubieran interrogado acerca de mi deseo como electrodoméstico, aunque pequeño, destinado al acomodo de la vida de los humanos, no habría sido intención la mía el darles aire en verano; ni siquiera permanecer en un trastero el resto del año. Las piezas móviles me asustan. Tengo sensación de vértigo nada más pensarlo. Creo ver los objetos, *montañas, casas, vasos, girar* contra natura y caer haciéndose añicos. Me revuelven la estructura.

La negativa a ayudar no es mi postura. Puedo ser un magnífico esclavo auxiliar. Pero, puestos a elegir, prefiero ser mirado como la televisión. A ella la activan y admiran todos los días del año. Ante ella se celebran momentos lúdicos, se cantan goles, se ríe, se sueña. A mi me encienden como último remedio, y casi siempre para que les enfríe los pe-  
los mientras miran a esa otra. Pero ese no es el *quid*. Yo no puedo girar, siento que las hélices, ¡encima de plástico!



comienzan lentamente su rotación dentro de la jaula, y hasta los tornillos crujen y los cables se trenzan. El centro de gravedad cesa su existencia y caigo, caigo...

¡Quiero reclamar! ¡Que alguien me ayude y me recicle! Hasta el cuello se me retuerce cuando tengo que girar para mover el viento en todas direcciones menos por una. El hombre es inhumano. Crea torturas capaces de destruir hasta los suyos. ¡Ójala un mal aire de mis aspas les enfrien las narices y los huesos!

-¡Que calor! ¿No pones el ventilador?

-No. Está estropeado, cuando lo enciendo pierde la verticalidad y termina cayéndose. Ayer no sobrevivió a su caída desde encima de la tele, y se partió el eje. Me lo ha pedido mi sobrino, el que va de artista, para reciclar sus piezas. Con ellas crea esculturas estrambóticas y móviles que cuelga del techo.

### *Armagedón*

(A la tierra negra de Galicia. 2006)



Vi los helicópteros, con el bambi colgado, acercarse. Vi como soltaba su tromba de agua, como nube alargada, sobre las llamas. Pensé que eso era bueno. Vi que el agua era creación y el fuego malo. Entendí que había diversión en la lucha del bien contra el mal; y que este último tenía forma de llama y quemaba y destruía; que la lucha de contrarios era buena y mantenía el cuerpo dispuesto y la mente alerta. También comprendí que esta guerra se ejemplificaba en el *Armagedón* (esta palabra la leí en el Catecismo) de

las aeronaves contra la lumbre inmensa. Vi todas esas cosas y decidí tomar partido.

Toda la vida me pregunté por mi sino, y no obtuve respuesta de las alturas. Tampoco las cartas augures, las que empleaba mi madre para conocer el día en que le iba a tocar la lotería, me hablaron. Pero ahora, a pie de incendio, al estudiar las lenguas rojo-naranjas jugando a escondidas entre los matorrales, decidí alistarme. El caso es luchar, ser participe en la batalla. Parece *guay*.

-Quiero apagar incendios -dije al primer bombero que se cruzó conmigo; él a la carrera-; pero en helicóptero, oiga.

-¡Chico, quítate de aquí, que es peligroso!

Me apartó de un manotazo ennegrecido que llevé de sello en mi solicitud a la administración.

Agoté varios intentos de hablar con otros hombres de casco, y con un policía y un guardia civil, y un hombre con mono amarillo y cubrecabezas sacado de una peli del espacio; con el saldo negativo de varios *«largo»*, *«fuera de aquí»* e *«hijo, deja hacer a los mayores»*. Quedó claro: mi alistamiento para la guerra no iba a ser. También se aludió a mi edad en el Ayuntamiento, al que me dirigí al amanecer negro del día siguiente.

Mi orgullo no estaba dispuesto a dejarme fuera del juego. Recordé a los mercenarios. Ellos van al combate por dinero y no les importa el bando. Mi padre debió ser mercenario, pues siempre me decía *«no es ganar o perder, lo que importa es participar»*. No hubo opción, salí con la cabeza baja de la Casa do Concello, metí la mano en el pantalón y palpé.

-Al menos voy armado -me dije sonriendo.

Las zapatillas desconchadas me indicaron el camino, que se perdía entre árboles. Anduve al menos medio kilómetro, acompañado de altos eucaliptos que eclipsaban el humo que eclipsaba el sol. Saqué la caja de fósforos. Uno asomó su cabezota roja, seguida de un cuerpo de palo. La rocé contra la caja. Acercarla a un montoncito de paja seca, por la que paseaba una mariquita, y ver a los seres del mundo rojo de mi nuevo bando, fue un instante. Retrocedí a paso rápido, casi corría. El aire hinchaba de gozo mis pulmones, la sangre repiqueteaba en el corazón. Este ejército me aceptaba sin condicione, además, no imponía jerarquía o administración.

*He matado (por amor)*



Ejercí mi función como un resorte inevitable, y cumplí mi destino. Nada en el mundo, salvo un arrepentimiento de último instante podía evitar que yo matase. Menos me gustó hacerlo por amor; pero fue una pasión mal, mejor dicho, pésimamente entendida; y peor demostrada. La ternura no debe conquistarse a punta de pistola.

Juro por dios y la tecnología que yo no quise, que odio mi trabajo, aunque no lo había ejercido hasta ahora desde mi salida de la fundición. El momento de mi nacimiento quedó impreso para la posteridad con la voz rancia de mi creador al mostrarme al mundo sobre un cojín de terciopelo rojo. Lo hizo con orgullo de padre y palabras proféticas: *este es mi revolver bienamado, en el que tengo puestas mis complacencias. Servirá para poner amor en el mundo, aunque suene paradójico.*

Hoy lo he cumplido. Ella, Maite, me cogió de la vitrina donde exhibía, a quien quisiera admirar, mi lomo de plata y oro negro. Engarzó su dedo índice en mi gatillo y le apuntó. Mi boca circular, con una bala brillando en el fondo, se puso a la altura del corazón.

-¿Qué pretendes? ¿Amenazas con matarme? -dijo él, Jaime se llamaba.

-Tú lo sabes. ¡Que me quieras! -dijo ella, con voz de telenovela, eso al menos me recordó.

-Sabes que no te puedo querer, y menos por la fuerza. Con tu actitud no ganas nada y perdemos los dos -se oyó mientras con mi ojo cíclope veía de pronto su espalda alejándose hacia la puerta.

-¡Quieto, o disparo! Mío o de nadie.

Mi misión no era pararlos ni reconciliarlos. Fui creado para traer dolor. Podía ser este mi debut. Si ella pulsaba el percutor, tal vez sintiese un chispazo seguido de quemazón y nada se interpondría entre mi ser y lo que encontrase en una línea recta. Tuve miedo de abrasarme.

-Sabes que no te quise. Y no lo podré hacer obligado, sería una pantomima. Así que deja de hacer la tonta y guarda ese arma. Es un recuerdo de mi padre.

-¡Eres un cabrón!

La sílaba final se aumentó de repente hasta llenar la sala. Sentí una corriente eléctrica recorrer la columna y, antes de saber que Maite había apretado el resorte, vi en Jaime una mancha roja ampliándose en el pecho. La mano delante y el derrumbe del cuerpo. Sin vida. Sin amor ella, ni él.

Sí, ya se que soy un revolver y no debería sentir. Pero he matado.



## **Lola López Díaz**

*F.A.*

No puedo decir que encontré la historia por casualidad, ni traspapelada en un cartapacio antiguo, ni perdida en un cajón, porque no es verdad. Aunque, a fuer de sincero, he de reconocer que en un cajón sí estaba. Pero olvidada, no perdida. Yo mismo la dejé allí hasta decidir qué hacer con ella. Porque sabía que F.A. me la había mandado con un propósito. Quería, estoy seguro, que la diera a conocer. ¿Por qué me la mandó a mí en lugar de dársela a sus hijos o a sus nietos? No lo sé. Por pudor, tal vez. Porque incluso la escribió en tercera persona, como si no fuera él el protagonista. Aunque yo sabía que era estrictamente autobiográfica. Y él sabía que yo lo sabía. Durante un tiempo frecuentamos la misma tertulia y le oí contar algunas cosas. Y, sobre todo, le oí hablar del hambre, de la suciedad y de la miseria como sólo se hace cuando se han conocido a fondo. He de confesar que chocaba en un hombre tan distinguido y tan bien situado. Luego me enteré de que se había ido de casa a los once años. Y no sólo de casa. Dejó su ciudad y se vino a B. que entonces era el

foco de atracción para los emigrantes de la zona. Por lo visto, estaba harto de envolver caramelos. Porque su madre, que había enviudado joven, sacaba adelante a sus hijos haciendo pastillas de café con leche. Pastillas que ellos envolvían al salir de la escuela. Pero F.A. tenía otras expectativas, otras ambiciones, otro temple. Y voló. En los papeles que tengo consta la fecha exacta: el 6 de enero de 1917. Dos meses antes de cumplir los doce años.

Lo que no consta es lo que hizo, cómo sobrevivió hasta los catorce años que es cuando empieza el relato que tengo en mi poder. ¿Demasiado atroz para desvelarlo? Seguramente. Ya sabemos que era un hombre pudoroso. Sea como fuere, la cosa es que él se presenta o, más exactamente, presenta a su personaje, a los catorce años, viviendo en una condiciones que, aunque bastante comunes en aquel momento, no dejaban de ser terribles. Sobre todo, si tenemos en cuenta que era un muchacho de buena familia. Arruinada, venida a menos, truncada por la muerte prematura del padre, lo que usted quiera, pero de buena familia. Con lo que ello supone de educación, hábitos, etc. Transcribo algunas frases para que se haga una idea:

*Era un chico alto, muy alto; flaco, muy flaco; con una nariz larga, nuez prominente, echado hacia delante... una especie de caricatura. [...] Su habitación estaba en el pasillo. Había sido un cuarto trastero y la habían habilitado con un camastro, una mesilla, una banqueta y un viejo armario destartado. Una bombilla de veinticinco vatios suspendida del techo, sin pantalla, la iluminaba. El cuarto tenía una ventana que daba a un patio inverosímilmente chico y que siempre estaba sucio y apestaba. [...] Por la mañana solía lavarse en*

*el fregadero de la cocina. El retrete era muy pequeño, y una tabla que iba de pared a pared tenía en el centro un agujero donde estaba la taza [...] Tenía hambre. Hambre a secas. La patrona (una vieja sucia, desdentada y siempre malhumorada) le daba un plato de lentejas, dos o tres albóndigas o, algunas veces, un huevo frito y tres o cuatro nueces de postre [...] Llevaba una botas de cuero grueso que eran tan duras que solía untarlas con tocino para ablandarlas. [...] Trabajaba en una Compañía dedicada a la exportación de vinos. Era el chico de los recados. Nadie le llamaba por su nombre, era el chico: «oye, chico», «ven, chico» ...*

Estos son retazos del comienzo de la historia, la cual, independientemente de lo conmovedora que resulte para los que conocimos a su protagonista, constituye un magnífico documento de cómo era la vida en esa época de capitalismo emergente y también de cómo un muchacho con arrosos conseguía llegar de la nada a la cumbre. No «de toda buena fortuna», que diría el amigo Lázaro de Tormes, pero sí de las posibilidades que le brindaba el mundo en que le tocó vivir. Los americanos se han hartado de rodar películas sobre el tema; es el tipo de personaje que a ellos les gusta promocionar, el *self made man*, ya sabe. De todas formas, F.A. no siguió el camino que podía esperarse, no alcanzó la meta consabida, es decir, no llegó a ser presidente de la compañía de vinos (que es lo que sucedería en el cine). No. Su vida discurrió por otros derroteros. Distintos. Más personales. Aunque logró gozar de una situación económica desahogada y disfrutar de la posición social que por nacimiento y capacidad le correspondía. Por eso a mí,

que lo conocí en los buenos tiempos, se me hace tan difícil imaginármelo untando las botas con tocino, ¡él, que era - como comentaba la gente en su funeral- el señor más elegante de B.!

Se habrá dado cuenta de que siento cierta admiración por F.A., admiración que es heredada. Mi padre también lo admiraba. A su pesar. Porque F.A. fue su obsesión, su pesadilla durante mucho tiempo. Hasta que se rindió a la evidencia. Ha de saber que mi padre era ingeniero industrial, la profesión más prestigiosa por aquel entonces en B., y la idónea para desempeñar con éxito su trabajo. El mismo trabajo que para una empresa competidora desempeñaba F .A. que, evidentemente, no era ingeniero industrial (había abandonado su casa y con ella, la escuela a los once años, acuérdesse). El caso era que F.A., con un producto mucho peor que el que representaba mi padre y sin ninguna formación específica barría en el mercado y mi padre, por más que se esforzaba, no pasaba de obtener unos resultados mediocres. La situación llegó a tal extremo que mi padre, que no lo conocía personalmente, fue a encararse con él, a preguntarle qué hacía, cómo conseguía vender de ese modo una mercancía muy inferior a la suya.

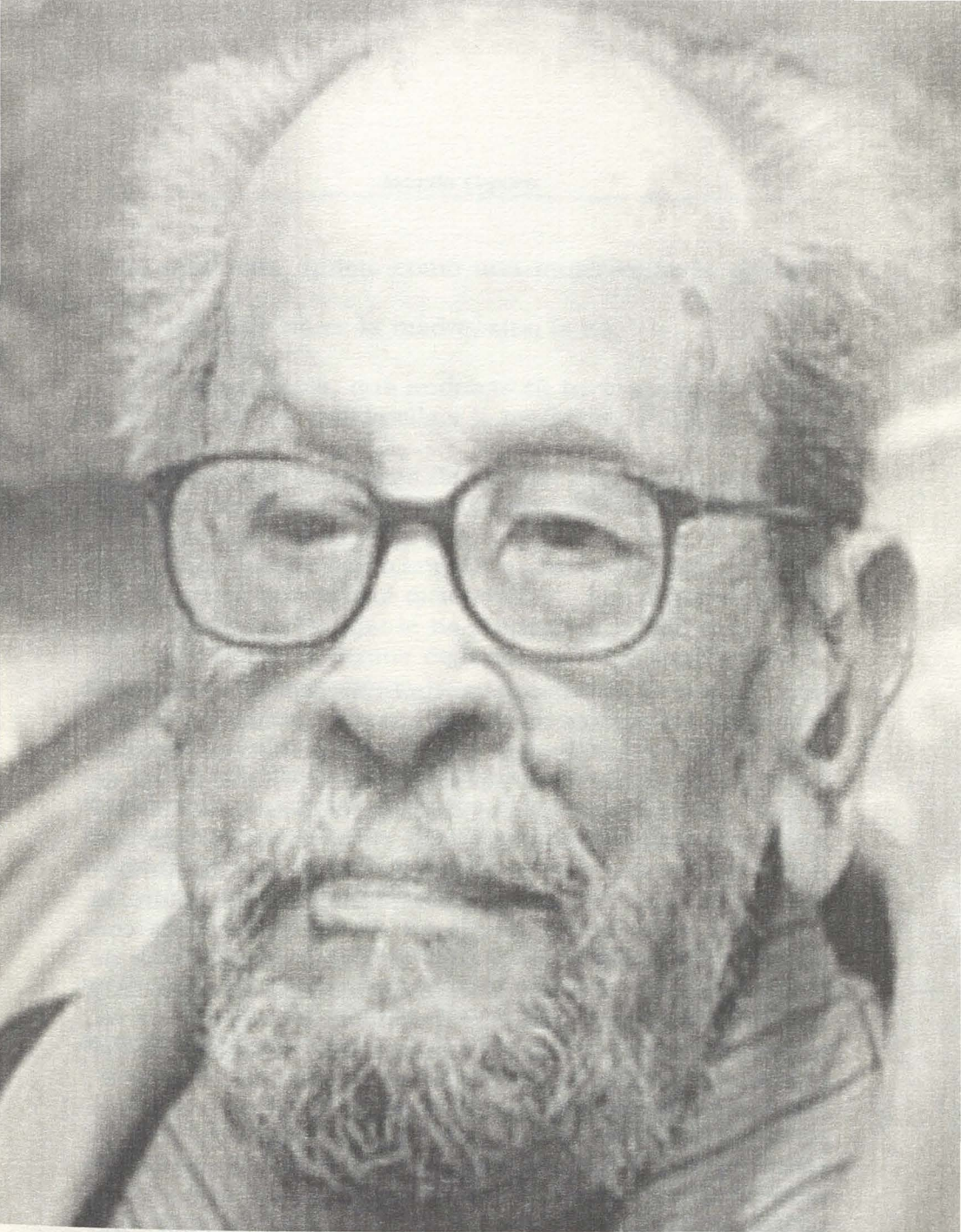
Yo era muy joven entonces pero recuerdo el impacto que su respuesta causó en mi padre que, por otra parte, a partir de ese episodio, mantuvo con él una relación excelente. Por suerte para mi familia, F.A. dejó pronto la representación del producto de marras para dedicarse a lo que de verdad le gustaba que era coleccionar antigüedades. Pero para entonces había ganado mucho dinero. Siempre vendiendo. Vendía todo lo que se proponía. Productos inverosímiles a veces. Recuerdo haberle oído contar, entre grandes carcajadas, la venta de una partida enorme de bocinas que no sonaban. Se movía sobre todo en el campo

del automóvil. Él, que jamás aprendió a conducir, que jamás tuvo coche, que carecía de los más rudimentarios conocimientos de mecánica, que no estaba mínimamente interesado en el tema, era el primer vendedor de autorrecambios del país. Hasta vinieron de una Compañía norteamericana para llevárselo a Estados Unidos. Pero no aceptó, Yeso que le hicieron una oferta que incluía avioneta particular y desmesuras por el estilo. Los mandó a hacer gárgaras. Y no sólo a los americanos. Lo mandó todo al garete y se concentró en lo que le gustaba de verdad, que eran las antigüedades. Comprar, vender, cambalachear... Se convirtió en un gran coleccionista. Posiblemente el mejor de B. o, al menos, el más interesante.

Fue en esa época cuando yo lo traté más aunque, como ya he dicho, había frecuentado en tiempos, acompañando a mi padre, la misma tertulia que él. Pero ahora era distinto. Su casa era el punto de encuentro de los pocos aficionados al arte que había en B., entre los cuales me encontraba yo. Porque gracias a F.A. yo me libré del terrible destino que me aguardaba que, como puede Ud. imaginarse, era el de ser ingeniero industrial. Como todos los hombres de mi familia. Y como todos los jóvenes de fundamento de B. Pero gracias a la quiebra de la fe en la ingeniería que F.A. provocó en mi padre, yo pude estudiar lo que me dio la gana, que fue Bellas Artes. Imagínese. ¡Estudiar Bellas Artes un chico de B.! ¡vaya campanada! Me pusieron verde. Así que me refugié en el círculo de coleccionistas de antigüedades que capitaneaba F. A. aunque yo era mucho más joven que todos ellos, claro. No puede imaginarse lo que aprendí. Y no sólo de arte. O, quizá, sería más exacto decir que lo de menos era el arte, que lo que más me gustaba era escucharles a ellos y, sobre todo, escuchar a F.A que era un maestro contando historias.

Pero me estoy alejando del motivo que me ha llevado a robarle su precioso tiempo que es, como le indiqué en nuestra conversación telefónica, sugerirle la posibilidad de incluir la biografía de F.A. en esa colección que la Diputación está en vías de comenzar y de la que Ud. es el principal responsable. Porque aunque F.A. no es oriundo de esta Comunidad Autónoma, puede decirse que vivió siempre en ella y, sobre todo, la Comunidad está en deuda con él pues, como quizá Ud. sepa, dejó un legado a nuestro Museo que contiene algunas de las mejores piezas que en él se exhiben. Y aparte de la satisfacción personal que para mí supondría ver reconocida la singularidad de una persona a la que tanto debo y a la que tanto estimé, creo, sinceramente, que su trayectoria encierra méritos suficientes para servir de ejemplo a las jóvenes generaciones.

Por otra parte, estoy en condiciones de ofrecerme para escribir yo mismo la obra pues tengo todo el material necesario y como estoy jubilado, dispongo también de todo el tiempo del mundo. Tan ilusionado me tiene la idea que incluso he pensado cómo podría comenzar la narración, a ver qué le parece: *En una empresa de B. de cuyo nombre no logro acordarme, trabajaba hace ya mucho tiempo, un muchacho...*



Naguib Mahfuz

## **Joaquín Copeiro**

### *El cochecito*

Bajo los pinos, la brisa vespertina refrescaba los cuerpos, despejaba las mentes e invitaba a erguir la cabeza y a apoyarla sobre los antebrazos entrecruzados. Así, se escrutaba mejor el recinto de la piscina: a un lado, una pareja de vascos con una niña pequeña, él sentado en una sillita y leyendo a García Márquez y ella, en otra, enfrascada con Bernardo Atxaga, mientras aquella no paraba de zambullirse en el agua bajo la vigilancia interlineal de la madre; al otro lado, una rubia cuarentona en topless sentada con sus tres hijos sobre las toallas en torno a una bolsa de pipas de girasol que devoraban de manera automática y descompasada; más allá, dos recién casados carantoña va, carantoña viene; al fondo, una pandilla de adolescentes, chicos y chicas, esbozando sus primeros escarceos eróticos en la constatación manual de las diferentes texturas de sus respectivas prendas de baño; detrás, una abuela, móvil en mano, desgañitándose en sus intentos por transmitir a su hija o a su nuera consejos frente al irregular apetito de su bebé. Y en una esquina de la piscina, una



joven socorrista, quieta como una mujer estatua, ojo avizor.

-Pero ella no es la madre, sino la tía.

-¿Y eso?

-Porque antes, que andabas tú traspuesto, ha sonado el móvil, lo ha cogido ella y le ha dicho a la niña: «Bego, tu madre».

-¿Pero por qué sacas de ahí que ella sea la tía?

-No, la tía no; pero sí está claro que no es la madre.

-¿Y entonces lo de la tía?

-Pues porque como la niña no ha hecho caso, él le ha gritado: «Hija, que te está diciendo la tía que te llama mamá desde Vitoria». Y la niña le ha respondido: «Voy, papá»

-De donde podemos deducir que él sí es el padre y que ambos son hermanos.

-O cuñados.

-O amantes.

-Pero si ella efectivamente es la tía de la niña y él es el padre, o sea, que son cuñados, y si además fueran amantes, entonces resultaría que estos dos le habrían puesto los cuernos a la hermana de ella.

-A la madre de la niña.

-A la esposa de él.

-Vamos, que este menda se ha trajinado primero a su mujer y luego a la hermana de su mujer.

Un punto de silencio ahora, cambio de dirección en la mirada, nuevo objetivo a la vista.

-No te pierdas a los que acaban de llegar.

Uno, o una, el mismísimo narrador incluso, que en verano se ve obligado, o forzada, a experimentar en carne propia las inclemencias inmisericordes del «secarral del pocero», con cuarenta grados de día y cerca de treinta por las noches, largas y exudadas como una mala fiebre, esca-

pa de allí como alma que lleva el diablo cuando buena-mente puede, enhebra la autovía de los viñedos, conecta con la de Andalucía y se planta en un santiamén de siete horas en las mismísimas playas de Cádiz. Bueno, es mejor hablar de apartamento en tranquila urbanización a quinientos metros de la playa, con piscina, eso sí, grande y rodeada de césped y de pinos, para los niños, que uno, o una, no tiene. Así que, por la mañana a la playita con la compañera, o con el colega, y algunas tardes, también; pero otras tardes en que uno, o una, ha sido cazado, atrapada tal vez, por la reparación de una siesta que se le ha llevado el sopor, pero también las pocas fuerzas que le respeta la presión atmosférica al nivel del mar y en pleno estío, a uno, o a la de antes, no le queda sino coger la toalla e instalarse en la piscina a la sombra de los pinos, como cantaba la tonadillera, situada a veinte metros de su apartamento. Y es en tales piscinas, y en tardes de piscina alternativa a la playa, mientras el tiempo acaricia sedoso las copas de los árboles, los niños juegan con el agua y mezclan sus alegres voces con el gorjeo de los jilgueros, y el sol se torna soportable hasta para las pieles más sensibles, cuando no hay mejor ocupación que, ya se ha dicho arriba, tumbarse en la toalla con la barbilla apoyada en los antebrazos y otear lo que ocurre alrededor.

-La señora y la criada empujando el cochecito del niño.

-¿Por qué la señora y la criada, y no la hermana, la prima o la amiga? ¿Por qué el niño y no la niña?

-Hombre, en lo del niño, llevas razón, puede que sea niña; pero yo he dicho niño en un sentido genérico. Niño o niña, en este caso, ¡qué más da! Pero que aquella es la criada salta a la vista.

-¡Ah!, ¿sí?

-¡Claro! La madre es rubia, con gafas de sol y biquini, uñas pintadas, también las de los pies, y dispuesta a darse crema mientras la otra atiende al bebé. Y ésta tiene un color de cara aceitunado, con pómulos salientes, hindú o centroamericana, inmigrante, pues, y, sobre todo, no lleva

traje de baño, sino uniforme blanco...

-¿Uniforme?

-¡Sí, señor, y con delantal a rayas de color beis! Observa.

-¡Ahora que lo dices!

Así se presenta la cosa: un carrito de bebé con criaturita dentro y una niñera empujándolo. Ella, la madre, desea sin duda tomar el sol tranquila, despreocupada de su bebé, acaso bañarse con la seguridad de que su niñera estaría al quite.

La madre abre, por fin, la cajita de la crema bronceadora, toma una porción con los dedos de la mano derecha y se embadurna el brazo izquierdo píxel a píxel. El niño, concedamos de una vez que se trata de un varón, se rebulle; la niñera lo atiende solícita y la madre se extiende el bronceador por el otro brazo. Luego, la madre continúa con los pies, las pantorrillas, los muslos; pero el niño comienza a lloriquear amenazando con que su llanto incipiente sufra una deriva hacia el típico soniquete de bebé capaz de desesperar al más pintado. El grupito se torna así en centro de atención en el recinto, cosa que a la madre seguramente le desagrada estando como está en plena operación de *unte*.

-El potito, dale el potito.

Y entonces la niñera manipula el mecanismo que ha de incorporar el respaldo del cochecito y con él al bebé, el

cohecito se metamorfosea en sillita, el niño comienza a berrear, la niñera extrae una tarrina de potito de la bolsa de paseo, la abre y ataja, cucharadita a cucharadita, el llanto del rorro y su desmedido apetito: ¡Dios, en un visto y no visto se zampa el bendito potito!

-¡Hala, échalo y mécelo, a ver si se duerme otra vez antes de que zampa su padre!

La madre se da ahora crema en los hombros, en el pecho, en el estómago.

-No quiere dormirse; parece como si se hubiera quedado con hambre.

-¿Te has traído el *bibe*? Dale un poco de agua, verás cómo se tranquiliza, y ven a untarme la espalda antes de que se nuble, que yo no puedo sola.

La niñera no responde. Agarra el biberón, enchufa su tetilla en la boquita del niño, éste succiona como un descosido y al fin se tranquiliza y se adormece.

-Bueno, bueno, ven a darme en la espalda.

La niñera coge el tarrito de la crema y cubre con ella toda la espalda de su señora tumbada ahora bocabajo, masajeando suavemente su piel hasta que el bronceador es absorbido por completo, o más allá incluso. La señora, la cara vuelta hacia un lado, parece sonreír con impudicia como empujada a ello por un deleite rayano en voluptuosidad pura y dura. Al sur, las nubes alargan sus tentáculos hacia el cenit.

-¿Tú crees que estas...?

-¡Desde luego, los hombres siempre estáis pensando en lo mismo! Estas son simplemente eso, ama y criada, y ella disfruta con el masaje, claro, pero como lo hará en Madrid con su *esthéticienne* o comiendo cigalas. Estas señoras disfrutan con todo, porque viven para eso, para gozar de la vida, y además, pueden permitírselo.

El bebé ya se ha dormido, la madre se tuesta al sol, que aún calienta, y la niñera pierde la vista entre las aguas de la piscina. A aquella hora y a la sombra, no hace calor, pero sin duda que a la niñera no le importaría darse un bañito o tumbarse como su ama antes de que el cielo se nuble por completo. También se ha dormido la abuela del móvil, que ahora descansa como un parásito en la barriga de la buena señora.

Los vascos han acabado de leer por hoy y, mientras él pliega las sillas, dobla las toallas y guarda los libros en la bolsa, ella recibe con otra toalla a su sobrinita y le seca suavemente la espalda y la cabeza. Al cabo, se retiran. Pero los adolescentes continúan con sus juegos de texturas, que ahora se desarrollan dentro del agua y bajo su superficie, y se tornan más atrevidos, provocando un flujo continuado de risas y grititos que alegra a algunos y escandaliza a muy pocos. Los hijos de la cuarentona en *topless* andan bañándose y ella aprovecha para atacar compulsivamente otra enorme bolsa de pipas de girasol.

-Esta está separada, no me cabe duda.

-¿Y eso por qué?

-Porque esa manera de devorar las pipas es exactamente como la de los yanquis cuando se enzarzan con el chocolate o el helado para superar sus depresiones. Y esta, pues también estará deprimida, y de ahí que coma pipas con tanta voracidad. ¿Qué por qué estará deprimida? Pues, estando aún de tan buen ver, con esas tetas al aire y ese bronceado, será porque necesita a un hombre, o sea, que no lo tiene, o sea, que está separada.

-O viuda.

-Una viuda no va enseñando las tetas en una piscina familiar y delante de los huerfanitos, que deben de andar entre los doce y los diecinueve años. Debajo de este *topless*

hay un marido que se largó por tabaco y los dejó a los cuatro a verlas venir. Y ahora, pues los chicos entenderán que la madre no se dé por vencida y haga bien en exhibir sus reclamos naturales, por cierto, bastante interesantes, para conquistar a algún hombre que vuelva a hacerla feliz.

-¡Hijo mío, cómo sois los hombres! ¡Cómo retorcéis la mente para meteros siempre en el mismo terreno! Se está nublando.

-¡Pero, mujer, es que viuda no pega ni con cola!

-¡Chsss, atento, que llega el padre!

Y en efecto, un hombre de unos cincuenta y cinco, cuerpo atlético, rubio, bien parecido, bañador ajustado, camiseta de Armani y toalla al hombro, se acerca sonriente al grupo formado por la señora, el bebé y la niñera.

-¡Hola, cariño!

Y el hombre besa en los labios a la señora, saluda a la niñera y se acerca al niño. Al fondo, la pareja de recién casados yacen pegados el uno al otro sobre la toalla, puede que sin atreverse e ir a más, acaso deseando retirarse al apartamento para dedicarse a trajines más estimulantes.

-Acaba de dormirse.

-¡Mala suerte! Venía con ganas de cogerlo.

-Bueno, dime, ¿qué tal se te ha dado?

-Pues, al final, los alemanes han empezado a poner pegas, que si no se veía el mar, que si en los dormitorios había poca luz... Total, que se han rajado.

-Claro, es que ellos vienen buscando sol y mar. Se entiende.

-Pero, mujer, no tienen más que andar cincuenta metros...

-Ya, pero reconoce que el callejón está demasiado encajonado, es umbrío, ¡y sólo para ver las greñas al de

enfrente...!

-¡Es un chollazo! ¡En los tiempos que corren, es un verdadero chollazo! ¡Prácticamente a estrenar, como quien dice!

-O sea, que tú te lo comprabas.

-¡Mujer, yo soy yo! Pero ese no es el caso.

-Bueno, ¿y los otros?

-Sí, he colocado dos adosados. A buen precio además.

-¡Vaya, vaya, cuánto me alegro!

-Ahora, este huele a tachún de mono.

-¿Se lo ha hecho?

-Sí, señora.

No pasan cinco segundos antes de que el niño se rebulla en su sillita y, despertado tal vez por los propios efluvios, amague con lloriquear. No obstante, el rostro familiar del padre, sus exagerados aspavientos, su retahíla de diminutivos cariñosos y bobalicones, aplacan al bebé y hacen brotar de sus pucheros la risa. El padre insiste con sus juegos, hurga al niño debajo de la barbilla, éste ríe más, pero finalmente aquel se separa de él pinzándose la nariz con la mano derecha.

-Anda, Noe, ve a cambiarlo.

Y la criada, tan solícita como siempre, desabrocha el cinturón de la criatura, la toma entre sus brazos, comprueba que en el bolsillito del delantal lleva la llave, mira al cielo -»Va a llover»-, arrima la sillita al pino que los cobija y abandona el recinto camino del apartamento.

-Voy a darme un chapuzón.

El padre, tras dejar toalla y camiseta en el suelo, se lanza al agua con un salto verdaderamente espectacular que por un momento rompe los juegos eróticos de los adolescentes: ¡boquiabiertos se quedan los chicos con seme-

jante alarde! En rápidas y poderosas brazadas, surca varias veces el largo de la piscina, mientras la madre lo admira, o quién sabe si en tanto que lo desea. Pero él tarda demasiado en salir de la piscina y ella, tal vez aburrida de esperarlo, o pensando que en el apartamento podría depararle una mejor acogida, o simplemente porque las ganas de orinar la acucian, desaparece sin avisarle.

-Observa, la madre se ha ido sin llevarse la sillita del niño.

-Bueno, ya se la llevará él.

Al cabo, el hombre sale del agua, levanta las cejas frente a la ausencia de su esposa, se encoge de hombros, toma la toalla, se seca, mira al cielo cubierto de nubes, coge la camiseta y se larga. El cochecito se queda definitivamente abandonado junto al pino cuya copa lo protege de las primeras gotas de lluvia. Los bañistas, que han venido inquietándose con el avance de las nubes, se van retirando; incluso los adolescentes salen de la piscina y optan por retirarse también. Sólo la socorrista aprovecha la ocasión y se zambulle en las aguas donde ya chapotea la lluvia.

Uno, o una, en tales ocasiones se sorprende del hecho de que la lluvia asuste al personal hasta el punto de que chicos y chicas que están jugando dentro del agua decidan abandonar sus juegos porque caigan unas pocas gotas. Así se cumple siempre tamaña paradoja, y, desde su soledad junto al pino, el cochecito pudo contemplar cómo el recinto de la piscina se quedó sin un alma; bueno, sólo con la socorrista.

-Mira, acércate a la ventana. Allí está el cochecito y ninguno de los tres se lo ha llevado.

-Sí, es curioso. Ni la niñera, ni la madre, ni el padre. ¿Y eso por qué crees tú que será?



-Y otra pregunta: ¿quién vendrá por el cochecito?

-Y otra más: ¿cuánto falta para que cierren la piscina?

-Quince minutos. Escúchame, la niñera no se llevó el cochecito porque sólo iba a cambiar al niño.

-Ya. ¿Y por qué no volvió enseguida?

-Pues, ¡qué sé yo! Puede que porque tuviera que usar

el teléfono o ir al cuarto de baño.

-De acuerdo. Ahora, la madre se larga y deja el coche. ¿Por qué?

-Pues porque él no le ha hecho mucho caso y se ha sentido despechada, y ha pensado: «Toma, llévate tú el coche».

-Vale, muy bien. Pero ¿y él, por qué no ha cogido el coche?

-Pareces tonto, hijo: no lo ha cogido porque es un tío, el señor de la casa, con dos mujeres para que le sirvan. Ocupaciones como esa de encargarse del cochecito de su hijo no entran en sus cálculos.

La lluvia arreció hasta el punto de que casi con seguridad que calaría las ramas del pino bajo las que se refugiaba el cochecito, que estaría poniéndose perdido de agua sucia. Finalmente, la socorrista, mochila al hombro, salió de la caseta en la que se había refugiado tras el baño, echó la llave de la puerta que cerraba el recinto, montó en su bicicleta allí aparcada y escapó del lugar sin importarle la lluvia, contenta de haber terminado otra tediosa jornada de trabajo.

Uno, o una, el propio narrador inclusive, cuando la terracita del apartamento alquilado para sobrellevar el verano se halla entre dos luces, la temperatura es de lujo y el

olor a tierra mojada y hierba fresca proporciona una gozosa conciencia de estar vivo, no tiene sino que secar la mesa y las sillas de *peuvecé*, cortar en rodajitas unos tomates, sazónarlos con sal, orégano y aceite de oliva, echar mano del queso, el jamón y el pan, y solazarse en la faena como un verdadero privilegiado.

-Pues ahí sigue el coche.

Y allí permaneció el cochecito, bajo el pino, solo, como un perro abandonado, viendo cómo desaparecían las nubes y la luna en creciente cabalgaba por un campo de estrellas.

Parece mentira que a uno, o a una, la relativísima preocupación, en realidad, más curiosidad que preocupación, por el destino inmediato de un cochecito de bebé le robe en parte el sueño. Pero así es. Y uno, o la misma, en tales circunstancias se despierta antes, madruga, utiliza el baño, prepara la cafetera y, mientras el café esparce su aroma vivificador por toda la casa, se asoma a la ventana.

-¡Ha desaparecido!

-¡Tela! ¿Cuándo lo han cogido, quién lo ha hecho, cómo, solo, acompañado?

-Pues habrá sido muy de madrugada, y se habrá encargado él, porque a esas horas...

-De acuerdo. Ha sido él. Pero, ¿cómo, si la socorrista echó la llave?

-Un hombre así, tan atlético, seguro que ha saltado la valla.

-¡Ahí te quería yo! Ha saltado la valla, muy bien. Pero para luego conseguir sacar el carrito hace falta otra persona al otro lado de la valla.

-Vale. Le habrá ayudado su mujer.

-Ahí disiento. Le ha ayudado la niñera, seguro, y le ha ayudado porque están liados los dos, el señor y la criada.

-¿Qué tienes en la cabeza, que no piensas en otra cosa?

-Tengo la verdad y nada más que la verdad. La verdad de que la historia del carrito no es más que una estratagema...

-Pero, ¿qué dices?

-...Una estratagema para abandonar de madrugada el lecho conyugal y disponer de coartada por si las moscas...

-¡Tú estás pirado!

-Sí, sí, y decir, si llega el caso, «Oye, que he salido a buscar el carrito».

-¿Y la criada?

-Pues saldría antes sin hacer ruido y lo esperaría abajo. Luego, se habrán liado y, una vez consumado el lío, entre los dos habrán sacado el carrito de la piscina para volver por separado al apartamento.

-¡Qué barbaridades estás diciendo, qué barbaridades...! ¡Eh, eh, eh! ¡Un momento! ¡Mira!

La madre de la criatura, la esposa de su padre, la señora de su niñera, cruzaba deprisa la calle de la urbanización y se encaminaba hacia la salida. Llevaba un pañuelo a la cabeza, gafas de sol a pesar de que aún el astro rey andaba desperezándose y una maletita de la que asomaba un pico de una falda.

-¡Bueno, he de reconocerlo: por una vez, llevabas razón! ¡Las pruebas son contundentes!

**María Antonia Ricas**

*Sobre una fotografía de Gregory Colbert*

Palomas dormidas todavía, ahuecado  
el plumón de su pecho, en equilibrio sobre  
el saliente del convento de San Antonio.  
Acostumbradas a los estratos del aire  
de la calle; madrugar es alguien escaso  
que no rompe su estar alerta aunque descansen.  
Después vuelan verticales entre paredes  
elevadísimas y el cinturón de diosa  
azul.

Nunca las vi golpearse, nunca supimos  
dónde van a tenderse.

2

Esta ciudad flota en lo profundo salado  
del dolor con la certidumbre de un cetáceo.  
Esta ciudad se pasea,  
vemos que casi danza cruzando la hondura,  
pronunciando el idioma abisal de los muertos.  
Todo el agua, cuerpos sin densidad de muertos,  
no el agua muerta sino cuerpos invisibles  
que alimentan el volumen de la ciudad  
ballena,  
de la ciudad que entiende el gutural gorjeo  
de los muertos.

Y, con las primeras claridades, los domos,  
los arbotantes, las torres, los ajimeces  
recogen una luz mamífera y dorada,  
y la trasladan al silencio,  
a las verdes mujeres de luna, ahogadas  
en su leyenda. Esta ciudad, tan sinuosa  
y contenida en el dolor.

3

Pero nosotros nos hundimos.

Somos el lastre de la ciudad que quisiera  
acopiar lo sereno acuoso de los muertos.

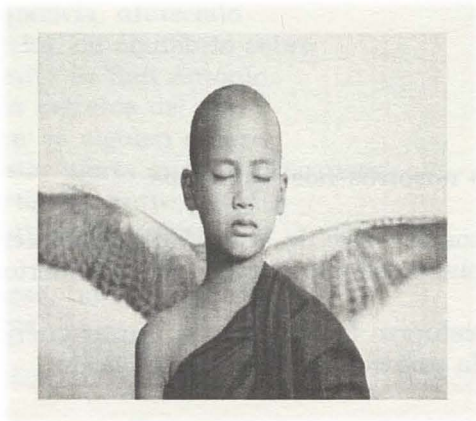
Un esfuerzo indecible para cruzar cuerpos  
-cada uno con un relato de aflicción

por no haber sabido cómo guardar su casa,  
la baraja de naipes oculta en el muro,  
la alacena tapiada con una misiva  
de papel de ala de libélula, de amor.

Un esfuerzo para vencer su resistencia  
y poder desplazarse con el aletazo  
de la ciudad.

Intentamos un paso de baile con cuerpos,  
intentamos reconocer a sus familias,  
ésas que huyeron con David y aquellas otras,  
las del jazminero perfumando la noche  
de verano. Pero nosotros nos hundimos.

No recordamos la argucia de las palomas  
-han despertado, qué comerán- descendiendo,  
subiendo, sin dejarse atrapar por el agua,  
por la ciudad, por el deseo de los muertos.



## **Juan Carlos Pantoja Rivero**

### *Una perversa sucesión de números*

Se despertó muy preocupado porque dedujo que los números del DNI eran una clave. No supo razonarlo con claridad, pero continuamente se le hacía palpable, como una realidad sin discusión posible. Tampoco estaba seguro de haberlo soñado, ya que era incapaz de recordar nunca un sueño completo, y eso le parecía que anulaba la posibilidad de que su certeza recién descubierta hubiera sido fruto de un sueño, aunque era consciente de que los sueños se movían por las parcelas de lo absurdo y de lo surreal, como la seguridad que ahora inquietaba su espíritu. Sí recordaba que la noche había sido difícil y rara, nada propicia para el sueño tranquilo, que la cama se le hizo intratable cada vez que el insomnio le obligaba a volverse, una y otra vez, buscando una posición que trajera consigo el sueño que no llegaba nunca, que le permitiera cerrar los ojos y dormir. A su lado, Marta dormía tranquila, con placidez, y Mauricio la miraba con envidia, viendo la expresión sosegada de su rostro con ayuda de la luz tenue y blanquecina que la luna deslizaba a través de las rendijas de la

persiana. Sin embargo, a pesar de la inquietud que le impedía el sueño, Mauricio estaba seguro de haber dormido algo, tal vez muy poco, pero lo suficiente para tener la certeza de que la revelación que acababa de tener le había asaltado al despertarse. Ahora, con la habitación todavía en penumbra y con la respiración tranquila de Marta a su lado, su cabeza era un revolotear de números, como los que recordaba haber visto a lo largo de la noche, con sus formas precisas, como si tuvieran cuerpo e incluso vida propia. Mauricio no podía quitarse de la cabeza ese desfile de números que se concretaban en cifras de la extensión y forma del carné de identidad y que, tras una serie de giros que él no era capaz de evitar, se definían en el número exacto de su DNI: 5556784. Una clave, sin que le resultara fácil precisar de qué, pero tan inquietante en su posibilidad, que le impedía pensar en otra cosa.

Se levantó de la cama con cuidado de no despertar a Marta: recordó que ese día era festivo y no había que trabajar, y no quiso que ella fuera víctima de su insomnio y de su incertidumbre. Cogió su cartera, que estaba sobre la mesilla de noche, y sacó de ella el DNI; luego salió del dormitorio y se dirigió al salón para sentarse en el sofá. Miró entonces su carné con detenimiento, como si no lo hubiera visto antes. Allí estaba el número: 5556784, con una letra B mayúscula detrás y un cero inútil delante que remarcaban más aún su aspecto de clave secreta. Miró después su foto y apenas si se reconoció; no porque hubiera pasado mucho tiempo desde que se la hizo, sino porque, sencillamente, le pareció el rostro de un extraño, de alguien que no conocía, aunque indudablemente le representaba a él, con su bigote fino y su pelo moreno y corto que le daban un cierto aire decimonónico. Mauricio miraba los números de su DNI como si quisiera traspasar la



esencia críptica de su caprichosa ordenación, pero sin ser capaz de desentrañar ese misterio que él estaba seguro de haber descubierto entre las brumas de una noche inquieta y espinosa, más allá de las veleidades incongruentes de los sueños. Le resultaba intrigante esa sucesión de cinco que se resolvía luego en un crescendo para retornar, finalmente, al cuatro, como una innecesaria claudicación de la escalada que iniciaban el seis, el siete y el ocho, y que se frustraba de golpe con ese cuatro solitario, antesala de la B mayúscula que negaba la exclusividad numérica de la clave.

La oscuridad que se intuía tras las ventanas del salón, y que le había hecho encender la luz de la lámpara que había junto al sofá, cuando entró, le llevó a mirar el reloj instintivamente; la pantallita le ofreció la hora digital: las 5,55. Aún no había amanecido, pero no fue eso lo que provocó que Mauricio se levantara del sillón, sobresaltado, sino la evidencia de que esa hora estaba compuesta por los tres primeros números de su carné de identidad, al cual volvió a mirar entonces, con inquietud creciente: la primera vez que miró la hora desde que tuvo el presagio de que los números del DNI eran una clave, aquélla se le presentaba con los mismos tres cinco que marcaban su tarjeta de identidad. Ya no le quedaba ninguna duda. Sin embargo, no podía imaginar cuál sería el significado de esa clave misteriosa que parecía reaparecer en esa hora de la madrugada. La mente trabajaba veloz y le traía al presente todas las veces que había tenido que decir el número de su DNI, a personas muy dispares, en situaciones muy diversas. Pronto comenzó a arrepentirse de haber sido tan poco previsor, pero tampoco sabía cómo hubiera podido evitarlo, pues el DNI es de los primeros datos que siempre le piden a uno en cualquier circunstancia de la vida. A

pesar de ello, Mauricio notaba cómo crecía en su interior la inquietud, el miedo incluso, al constatar que su número secreto, su clave incógnita circulaba por ahí en decenas de documentos. Sospechó que quienes habían ideado el sistema de números que identificaban los carnés tendrían planes siniestros que solo ellos conocían, pero que marcaban el destino de los incautos usuarios, ajenos al misterio que los contenía y que hacía de ellos simples marionetas movidas al antojo de los que controlaban el sistema.

Parado en medio del salón, con el DNI en la mano, Mauricio no sabía cómo quitarse de la cabeza la obsesión absurda que lo dominaba. A ratos razonaba que no tenía sentido plantearse ese enigma que su propia mente había inventado en el insomnio de una extraña noche que ya se encaminaba hacia el día; creía estar seguro de que con la luz del sol las sombras siniestras de sus temores se disiparían y todo le parecería entonces tan insignificante como una pesadilla cuando, al despertar, nos damos cuenta de que solo ha sido eso: una pesadilla, algo ajeno a la realidad. Sin embargo, la coincidencia de la hora con los cincos de su carné se abría paso en sus pensamientos y se imponía a la cordura que él quería aportar a estos. Decidió entonces mirar el DNI de Marta, sin saber muy bien qué esperaba ver en él. Buscó la cartera en el bolso de su mujer, dificultosamente, apartando objetos diversos que parecían tener su lugar propio en el interior del bolso y que no sabía si luego sería capaz de colocar de manera que cupieran: una caja de aspirinas, una agenda, un abanico, unos caramelos de eucalipto, un pintalabios...; la cartera parecía haberse escondido voluntariamente entre tantos obstáculos. Cuando por fin dio con ella, Mauricio miró el DNI de Marta, colocado pulcramente en un compartimento transparente de la cartera que permitía verlo sin tener que sa-

carlo. Se fijó en la foto: Marta estaba más joven, con su pelo castaño cayendo sobre los hombros y con una mirada dulce, seductora. A Mauricio le pareció que Marta estaba muy guapa en esa foto. Luego miró el número: 48765550 Y. Tenía una cifra más que el suyo, pero también tenía tres cincos seguidos: otra coincidencia que, décimas de segundo después, le pareció insignificante cuando comprobó, con un escalofrío, que el número de Marta era exactamente igual que el suyo, solo que al revés, incluyendo el cero absurdo que había delante de los cincos de su carné. Más aún: la Y que acompañaba a los números también coincidía simétricamente con su B; la penúltima y la segunda letras del abecedario. No necesitaba más pruebas, ya que ahora le parecía indiscutible que los números del DNI tenían una razón de ser, críptica para él, pero evidente al mismo tiempo. Pensó que en cuanto avanzara la mañana llamaría a Gabriel y le pediría que comprobara si su número de carné y el de Luisa componían juntos el mismo recorrido de ida y vuelta que el suyo y el de Marta. Mientras, tras guardar la cartera en el bolso de su mujer haciendo esfuerzos para dejarlo todo como estaba, Mauricio volvió a sentarse en el sofá, frente al televisor apagado, inquieto y asustado, incapaz de razonar positivamente, con el DNI en la mano y la mirada perdida más allá de las paredes del salón.

Cuando se levantó Marta, varias horas después, Mauricio continuaba en el sofá, medio tumbado y adormecido.

-¿Qué haces aquí? -preguntó ella con los ojos entornados a causa de la luz que entraba impertinente por las ventanas.

-No podía dormirme y me levanté. Se ve que luego me he quedado dormido. ¿Qué hora es?

-No sé, más de las diez -dijo Marta.

Mauricio la miró; tenía el pelo desordenado aún y llevaba puesto un pijama ancho que borraba sus formas; seguía teniendo el rostro bonito de la foto del DNI, aunque se le notaba el paso del tiempo.

-¿Por qué tienes el carné en la mano? -se interesó Marta, poniendo un gesto de extrañeza que parecía a la vez de asco.

-¿El carné? -preguntó Mauricio.

-Sí, el carné. Lo tienes en la mano, ¿por qué?

Mauricio no sabía qué responder. Se levantó, fue hacia su mujer y la besó, sonriente.

-Lo saqué cuando me levanté, para ver cuándo caducaba.

-¡Vaya tontería! -dijo Marta.

Mauricio se encogió de hombros, esbozando una sonrisa que a Marta le pareció forzada. Luego, salió del salón y se perdió entre las sombras del pasillo, en dirección al baño. De camino cogió el teléfono inalámbrico que estaba sobre la mesa de la cocina y, cuando llegó al cuarto de baño, cerró la puerta con el pestillo que la bloqueaba y abrió el grifo de la ducha, al tiempo que marcaba el número de su amigo Gabriel. Al otro lado, éste tardaba en descolgar. *Gabriel*, dijo Mauricio cuando oyó la voz pastosa de su amigo, *tienes que hacerme un favor: mira el número de tu carné de identidad y el de Luisa, y me los dices, ¿vale?* Al otro lado del hilo, Gabriel no entendía la extraña llamada de su amigo: *¿Y me has despertado para esa gilipollez?*, dijo en un tono molesto. *Perdona si te he despertado, Gabriel, pero aunque te parezca absurdo es algo importante.* Tras una pausa inquietante, Gabriel cedió: *Ahora te llamo.*

Mientras esperaba la llamada, Mauricio cambió de opinión y sustituyó la ducha por un lavado rápido de cara,

en el lavabo, que terminó justo en el momento en que sonó el teléfono, *Apunta, incordio*, dijo la voz de Gabriel, *el mío es el 1512006 E y el de Luisa el 1541960 A. Gracias, luego hablamos*, dijo Mauricio antes de cortar la comunicación. Después salió del cuarto de baño y entró en la habitación, para vestirse. Cuando volvió al salón, Marta estaba sentada en el sofá, con el mando a distancia del televisor en la mano, pasando los canales sin interés, sin detenerse en ninguno, como si todos le resultaran aburridos.

-Me voy a comprar el periódico -dijo Mauricio.

-¿Tardarás?

-No, quiero poner en orden algunos papeles, que nunca tengo tiempo. Hasta luego.

-Hasta luego.

En la calle, Mauricio comenzó a pensar en la clave de los carnés de Gabriel y de Luisa. Los dos empezaban por quince; primera coincidencia, pero aparte de eso no vio ninguna cosa extraña en los números, hasta que fue desglosando mentalmente los que componían el DNI de Gabriel y percibió con un creciente terror que repetían con exactitud la fecha del día en el que estaban: 15 de enero de 2006; 1512006, con la E inicial del mes al final, para corroborar con toda certeza que ese número era fatalmente otra clave extraña que Mauricio no sabía cómo descifrar: era como si el destino quisiera jugar con él, ponerle delante de los ojos la fecha en la que había comenzado la pesadilla del DNI, desde las cortinas tupidas del sueño hasta la evidencia luminosa de la vigilia cruel, con los números colocados caprichosamente. A dos pasos del quiosco de prensa, Mauricio recuperó las cifras del carné de Luisa, con un quince delante, como el de su marido, como el del día en el que vivían, como el del día en el que Luisa nació, el 15 de abril de 1960, exactamente igual que los

números que componían su DNI, 1541960; y detrás, la A del mes de abril. Mauricio se sentía perdido y derrotado, asustado: lo que comenzó al amanecer como una obsesión molesta que no podía quitarse de la cabeza, se había transformado ahora en algo que le provocaba miedo, angustia, terror ante lo inexplicable, ante la certidumbre de que algo extraño motivaba las claves numéricas de los carnés de identidad, algo que él no era capaz de comprender, pero que le instalaba en el centro mismo de la inquietud más dolorosa.

Con el periódico debajo del brazo, Mauricio comenzó a desandar el camino que lo separaba de su casa, absorto en su obsesión, como si de pronto la vida se hubiera convertido en una pesadilla imposible, en una sinrazón horrosa. Aunque quería convencerse a sí mismo de que todo era fruto de la casualidad, no podía satisfacer su deseo de que así fuera, ya que las coincidencias le parecían tan claras que le resultaba imposible pensar racionalmente. Veía, no obstante, que entre los carnés de sus amigos de toda la vida y los de él y Marta no había ninguna conexión, además de que los de aquéllos eran fechas muy claras y los suyos no. Sin embargo, todo había sido descubierto el mismo día, de golpe y como una revelación onírica, y se había dado la coincidencia entre los tres cincos de su DNI y la hora en que miró por primera vez el reloj en esa mañana tan extraña. Forzosamente esas coincidencias no podían ser casuales, sino que encerraban un misterio y, lo que era peor, él no sabía por dónde empezar a buscar su explicación. La vida, qué duda cabía, se había trocado en una borrosa niebla inquietante en la que todo parecía incómodo y difícil. De pronto, cuando más confusión alojaba su cerebro, sus ojos se posaron, involuntariamente, en las matriculas de dos coches aparcados juntos; primero en uno:

0555, y luego, sin que él pudiera remediarlo, en el de al lado: 6784. No importaban nada las letras que acompañaban a estos números, porque ellos, uno detrás de otro, repetían con absoluta fidelidad los de su DNI. Mauricio sintió cómo se le nublaba la vista y tuvo que apoyarse en uno de los dos coches para no caerse. Cuando recuperó el sosiego, siguió en dirección a su casa, muy cercana ya, con la sensación de que su vida era controlada por alguien, no le pertenecía. Una cámara de seguridad instalada en el cajero automático del banco junto al que pasaba le hizo confirmar más aún sus sospechas, seguro ya de que estaba siendo vigilado por todas partes. Tal vez las cámaras eran insuficientes, o demasiado llamativas, y por eso los encargados de vigilar y controlar a las personas habían ideado las claves incomprensibles de los carnés de identidad.

Cuando por fin llegó a su casa, con el rostro desencajado, Marta lo esperaba impaciente, inquieta, aún vestida con el pijama ancho que anulaba sus formas femeninas.

-¿Qué historias te traes con los carnés de identidad, Mauricio? -fue su saludo.

Por un instante, Mauricio se vio acorralado; sin saber cómo, Marta estaba enterada de todo lo que estaba pasando, como si ese conocimiento inesperado tuviera relación con el enigma que no le dejaba tranquilo desde lo más profundo de la madrugada. No contestó a su mujer y permaneció detenido frente a ella, sin saber qué decir.

-Ha llamado Gabriel diciéndome que le has sacado de la cama para preguntarle los números de su DNI y del de Luisa. Pero, ¿tú estás tonto? Cuando me he levantado te he visto con el carné en la mano... ¿Me vas a contar qué tontería es esta?

Al oír que la información de Marta procedía de Ga-

briel, Mauricio se tranquilizó un poco: por fin ocurría algo que tenía una explicación racional. Decidió entonces contarle la verdad a su mujer. Marta escuchó con atención la explicación de Mauricio y, cuando éste terminó de hablar, intentó poner cordura en sus pensamientos, haciéndole ver que no eran más que casualidades, muy llamativas, pero solo casualidades. Mauricio se sintió un poco desprotegido al oír las palabras de Marta: hubiera preferido encontrar en ella otro tipo de apoyo, una constatación tal vez de que su inquietud tenía un fundamento. Marta insistía en que se tranquilizara y le propuso salir a dar un paseo, a tomar unas cervezas y despejar un poco la mente.

A la hora de la comida, con Marta sentada a su lado y su hijo enfrente, Mauricio apenas podía prestar atención a la conversación de estos, obsesionado con los números que revoloteaban por su cabeza. No le resultaba tranquilizador el haberse encontrado, cuando salió con su mujer a pasear, los dos mismos coches que vio al volver con el periódico, pero ahora cambiados de orden, de manera que sus matrículas componían el número de su DNI en el sentido de su marcha. Tampoco le pasó desapercibido que el camarero les cobrara por las cervezas que tomaron cinco euros con cincuenta céntimos, utilizando así las tres últimas cifras del DNI de Marta, ni que los zapatos que le enseñó esta en un escaparate que les salió al paso costaran cuarenta y ocho con setenta y seis, justamente repitiendo los números con los que empezaba el carné de su mujer, que también era capricho lo de los setenta y seis céntimos, con esa exactitud que, a los ojos de Mauricio, hacía imposible la casualidad.

Después de comer, se encerró en su estudio con la excusa de poner al día los papeles, y comenzó a buscar los recibos de préstamos, los extractos de los bancos, las fac-



turas y presupuestos, las instancias y solicitudes..., todos aquellos documentos en los que recordaba haber incluido el número de su carné de identidad. Dominado por un inquietante frenesí, Mauricio recortaba en diminutos trozos la parte de cada uno de los papeles en la que aparecía el malhadado número, y juntaba luego los restos en un cenicero que no tardó en llenarse de pequeñas virutas de papel que pronto comenzaron a derramarse por la mesa, formando una capa cada vez mayor. El tiempo pasaba y Mauricio no interrumpía el trabajo de restitución de su intimidad; nunca hubiera pensado que su DNI estuviera impreso en tantos documentos. Cuando miró su reloj, el desasosiego volvió a invadirle: eran, otra vez, las cinco y cincuenta y cinco; habían pasado doce horas desde que su obsesión se hizo miedo y ahora se repetía el tiempo, una vez más, con los números iniciales de su carné. Detuvo un instante su trabajo y miró a su alrededor; la estantería frente a él, el ordenador en un extremo de la mesa que ahora estaba sembrada de papeles diminutos, una foto de Marta diez o doce años más joven y, a su lado, sobre la mesa, un libro en cuyo lomo aparecía un número, sin duda el que hacía en la colección de la que formaba parte: el 678. Desolado por lo que consideraba ya un destino inevitable tras ver la cifra que continuaba en su carné a los tres cincos de la hora, Mauricio miró los papeles que le quedaban por recortar de la carpeta que abrió unos minutos antes y vio con un escalofrío que eran cuatro: la hora, el número del libro y los cuatro documentos que tenía que recortar componían fatidicamente la cifra maldita de su DNI: 5556784. Con la mirada perdida, se levantó de la silla sin terminar de revisar esos últimos papeles, y se dirigió a su dormitorio para coger el carné de identidad, que estaba en su cartera, sobre la mesilla de noche. Con él en la mano volvió al

estudio entre las sombras del pasillo, que comenzaba a acusar ya el atardecer de enero.

En el salón, Marta acababa de decidir levantarse del sofá en el que leía el periódico, para ver si Mauricio estaba más tranquilo y se había olvidado de su manía con los carnés, cuando percibió el olor que procedía del pasillo, un olor desagradable a plástico quemado. Corrió hacia el estudio y, al abrir la puerta, vio a su marido con los ojos fijos en la pequeña hoguera que parecía brotar del cenicero: le asustó la expresión de su rostro, mitad de pánico y mitad de locura, y no supo interpretar el porqué de las briznas de papel que se apretujaban alrededor del fuego, sobre la mesa iluminada tan solo por éste, en la penumbra de la estancia en la que ya casi no entraba la luz del día. No le salían las palabras, y fue Mauricio quien habló, sin apartar la mirada de las pequeñas llamas que impregnaban la atmósfera de ese olor tan preciso a plástico quemado, el que forraba el carné de identidad.

-Nadie va a controlar mi vida, Marta -dijo-. Ya no va a haber más coincidencias porque ya no va a existir mi DNI; aunque los que han inventado la clave sigan teniendo mis datos, yo ya no tendré la prueba de mi vulnerabilidad. Tú deberías hacer lo mismo, cariño...

Marta miró con detenimiento la escena que se mostraba ante sus ojos y tuvo la seguridad de que Mauricio estaba loco. La luz escasa del estudio subrayaba los rasgos extraños que parecían haber surgido de pronto en el rostro de su marido. Entonces, con una profunda tristeza marcada en su mirada, Marta vio sobre la mesa un décimo de lotería no premiado, con el número 48765 y, a su lado, dejando a la vista su valor, cinco monedas de cincuenta céntimos. Inconscientemente unió los números y le salió con claridad el de su carné de identidad: el décimo de lo

tería, el cinco de las monedas y el cincuenta de su valor; 48765550. Y sintió una pequeña punzada en el estómago, como el anuncio de una angustia que imaginaba difícil de sobrellevar.



## **Tomás López Muñoz**

### *A OGIGÍA*

I

No. No lo eras.  
No eras aquella playa  
de arena adolescente.  
La sal blanquecina  
encrespaba las olas de tu pelo  
y, ya en tus campos,  
a ti también,  
el viejo campesino cercenó,  
con sus surcos de metal,  
tu tierra de violeta.

No. No lo eras.  
No eras aquella niña.  
Pero qué dichoso era  
cuando te encontraba,  
desnuda sin adorno,

perfecta y absoluta ante mí.  
Qué dichoso era  
cuando dejabas,  
como miembros indecisos,  
mis raíces enterradas  
en tu tierra,  
como siempre,  
fértil y serena.  
Qué alegría  
vivirte y comprobarte,  
llenando de besos tu otoño,  
entonces llegué a ti,  
para saciar mi primavera.

Y ahora estoy de nuevo aquí,  
caminando hacia ti,  
aún sin saberlo.  
Como busco tu sonrisa salada  
no lo sabrás nunca.  
Tu sonrisa y tú,  
quizás la misma cosa,  
eterna ya,  
para siempre,  
a mis labios que te buscan.  
Como yo entero.  
Aunque saben que no debieran.  
Porque tampoco yo debiera  
decir que te busco  
aunque no quiera.

Pero allí te encontré.  
Como siempre.  
Y contigo, también como ayer,

las mismas paredes,  
la misma sala sin nombre,  
la misma manera de temblar  
de nuevo al verte.  
Pero sin mirarte.  
Con los ojos humillados en la tierra.  
Como aquel toro picado  
que ha perdido su bravura  
y busca en la roja arena,  
su corazón apasionado  
envenenado de amargura.  
Como aquel toro te llamo  
a ti toda, Ogigía,  
bramando dolorido  
tu nombre de isla griega  
que guarda en su mar profundo  
corales perennes  
de amor o lágrimas.

No. No lo es.  
Aún no es la hora.  
Acaban de dar las ocho y trece  
en aquel reloj maldito.  
Por la ventana, empañada,  
la ciudad parece más triste.  
Ayer era alegre  
esa misma ciudad mojada.  
Puede ser hoy trece de noviembre  
o doce días más,  
qué importa,  
dentro de catorce años...

Y todo eso, dime, qué es.

Simple apuntes numéricos  
de una estación vivida.  
Dime Ogigia mía,  
sin ti, dime,  
qué significarían...  
Nada.  
Como yo.  
Nada serían sin ti.

II

Esta mañana húmeda,  
como tantas otras,  
de nuevo me detuve  
en tus ojos  
de luna fría.  
Y bajo tus párpados  
se dibujaba  
aquella escarcha tibia  
que solo empapa  
a quien ama  
y aprendió a escribir  
con la tinta invisible  
de sus entrañas.

Aquella escarcha  
te hace algo diferente ahora.  
Pero sigues siendo tú,  
mi Ogigia,  
aquella isla imaginaria

tan cercana  
como un beso en tus labios,  
tan lejana  
como una ausencia de tus límites infinitos,  
que ahora,  
esta mañana de niebla,  
como tantas otras,  
son presencias  
de mi presencia.

III

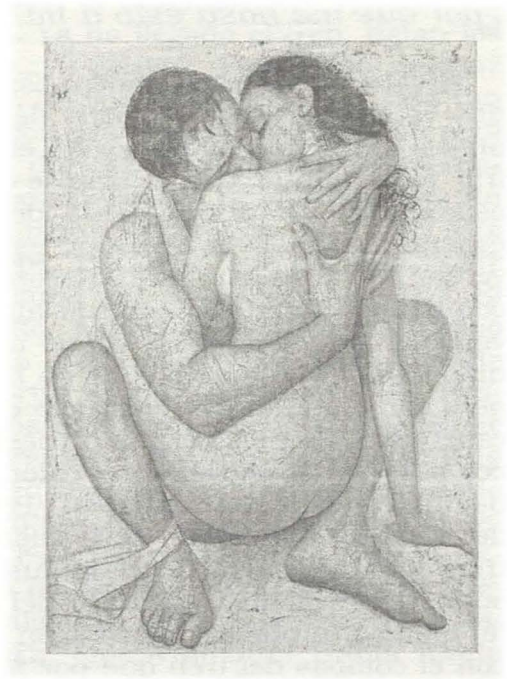
De nuevo un último beso.  
Eternamente último.  
Tanto, que no sé ya  
cuando comenzó  
a ser eterno.  
Fue aquel beso,  
como siempre,  
el mejor de los besos,  
y sin embargo  
cuánto me dolió aquel beso.

Porque con él,  
Apretando los labios,  
Me decías adiós de nuevo.  
Tus labios ya no aprietan los míos,  
Y en aquella radio,  
Como ayer,



Otra canción desesperada,  
Como aquella que era la nuestra,

Grita everytime,  
We say goodbye,  
I die a little  
Everytime we say goodbye.



## **Reyes Santiago Ostos**

*¿por qué me pasa esto a mí?*

Estaba de pie en el andén, esperando. Las manos metidas en los bolsillos, el cuello del abrigo subido hasta las orejas. Tenía que haber cogido el gorro. Hacía frío, mucho frío. Si el tren tardaba mucho se quedaría helada. ¿Por qué estaba allí? ¿Para qué había ido hasta allí? Tanto tiempo esperando aquello y ahora no estaba segura de que fuera verdad. Sí, tenía que serlo. Recordó los días pasados en su compañía, cuando lo conoció allá en aquella ciudad que visitaba con los amigos. Vio de nuevo su cara, su cara de niño bueno con síntomas de no haber roto nunca un plato pero con aquel tonillo picaruelo en sus ojos. Tanto tiempo esperando. Sus pies estaban fríos. Tocó el suelo varias veces para ver si entraban en calor. Empezó a cantar por lo bajo la canción de «Penélope». ¿Por qué se acordaba ahora de esa canción? Porque es la misma situación. Esperas un tren, igual que ella, llena de ilusión porque en él llega el sueño tanto tiempo esperado del amor, del amor que por fin llamó a tu puerta. Su corazón empezó a latir al unísono con el compás del tren que por fin entraba en la estación.

¿Y si no viene? ¿Y si todo ha sido un sueño? No, imposible, no hace ni tres horas que había hablado con él y le había asegurado que venía en ese tren y que llegaría a la hora acordada. Vuelta a cantar «Penélope». ¡Pues sí que te ha dado a ti por la dichosita canción! No es la misma historia. El tren continuaba su lenta marcha hasta el final del andén donde esperaba Estela. No hace ni dos semanas que se conocieron. ¡Pero fueron tan intensos esos días! Ahora venía él. Venía a pasar todo el fin de semana con ella. Sí. No es la misma historia. No se va reproducir la historia, porque si no viene, ella no volverá todos los días a esperar para ver si su amor llega en el próximo tren. No, ella no volvería más a la estación. Ya ha llegado el tren, bajan los viajeros, se acercan. ¿Pero..., y Sergio? ¿Dónde está Sergio? No lo veo. Estela se marea. No ve a nadie. No ve la cara tan deseada de niño bueno con los ojos picaruelos. No está allí, abrasándola como el día que se despidieron, diciéndole al oído que no se preocupase que pronto se volverían a ver. La gente pasa a su lado y se marcha. El andén está desierto. Penélope. Penélope. Penélope, oye como la gente la llama así. Ella no se llama así, ni es Penélope. No. Él tiene que venir, lo prometió. Alguien desciende del último vagón. Se dirige hacia ella directamente. Se para cuando llega hasta ella. «¿La señorita Estela Carmona?». «Sí». Responde Estela inquieta. «Nos han comunicado que usted se hará cargo del fétetro. ¿Fétetro? ¿De qué fétetro me está hablando?». Sorpresa, pero más en la cara del empleado de Renfe. «Pues del fétetro con los restos mortales del señor Guevara». «¿Pero qué está usted diciendo?». Ahora Estela se irrita. Ya está bien de bromas. Además ¿cómo puede la gente bromear con algo tan serio. Ella estaba allí esperando al señor Guevara, efectivamente. Había hablado con él no hacía ni tres horas y le había dicho que venía

en ese tren. «Cierto el señor Guevara viene en el tren pero es imposible que haya usted hablado con él puesto que el señor Guevara lleva muerto dos días». Estela se desploma, no llega a caer porque el empleado de Renfe la sostiene. Se lo cuenta todo mientras la sienta en un banco del andén. En el accidente que ocurrió hace dos días, sí, ese que salió en todos los periódicos y telediarios del país, el señor Guevara había perdido la vida. En su agenda se encontró el nombre de Estela con un corazón pintado al lado dónde ponía «AMOR», Junto a su dirección, su teléfono y el billete para el tren en el que venía. La policía se había puesto en contacto con ella para informarla. Y como el señor Guevara no tenía familia usted se hizo cargo de todo por el afecto que le profesaba. Estela estaba abrumada. ¿Cómo podía ser posible todo lo que aquel señor le estaba contando?. Esto superaba a «Penélope». ¿Pero cómo no iba a recordar algo así?. El pobre hombre no salía de su asombro. Aquella mujer se había vuelto loca. Solo sabía decir tanto tiempo esperando esto y de repente se ponía a cantar «Penélope». Lo peor de todo es que el féretro ya estaba fuera del tren y seguía allí, al fondo, abandonado. No quería dejar sola a la mujer, pero...

El andén estaba desierto. Estela sentada en el banco cantando «Penélope». A su lado el féretro donde se suponía estaba su amor. Eso era. Tanto tiempo esperando el amor, al hombre perfecto que la haría vibrar y ser feliz. Aquel ser adorado y soñado tantas veces con el que compartir los buenos y los malos momentos. Estela seguía allí, sentada en el banco del andén, cantando «Penélope» y a su lado su amor, su amor que ya había llegado pero dentro de un ataúd.

## Ana Isabel Rodríguez Ortega

### *La palabra y su silencio*

«No es el amor quien muere,  
somos nosotros mismos»  
**(Luis Cernuda)**

A veces las palabras retumban en el seno de la desesperanza  
como ensoñaciones furtivas que se desalman en bocana-  
[das tristes  
de aire sin aliento, de piel sin tacto, de fuego sin crepitar.

Y no podemos escuchar más que un estrepitoso hueco de  
[ilusión derrotada  
dispersándose muy lentamente entre la niebla dolorosa y  
[áspera  
de algo inútil. Porque ya nunca habrá de ser.  
(Y desde su puerta, algún etéreo vacío  
nos acecha tembloroso...)

Porque a veces hay palabras que nos desdibujan cada ho-  
[rizonte vivido,  
que nos estancan con su fuerza dentro de un espacio ron-  
[co, inerte  
-fuera del tiempo, fuera de nuestros ojos, ahora opacos-  
donde la carne grita su angustioso silencio ahogado  
y el alma divaga por cauces ignotos de hielo sin luz.  
(Y entonces, aquel silente vacío  
nos saluda desde su fondo...)

Yo, que he respirado ráfagas de utopía escapadas de tu  
[boca,  
cuando con tus labios esclavizabas mi lengua tuya,  
a dentelladas de insaciable deseo, de ternura hiriente,  
de un agridulce murmullo incrustado hoy en mi fiero ardor:  
eco sin respuesta, pensamiento sin memoria.  
Aquellas caricias tuyas que fueron alondras de infinito so-  
[bre mi piel  
brillando en el dulce abismo de tus brazos míos...  
Allá, cuando nada más existía alrededor, -nada más-.  
Y la ancha tarde partía el viento de mis errantes suspiros  
en pedacitos de luz, escalofríos hondos... y silencio.  
Aquel mudo silencio.

A veces, existen palabras que nunca debieran pronunciarse.  
Palabras que se descuelgan de un universo inarmónico,  
[como  
destellos cadavéricos de agonía  
o prematuros brotes de olvido gris.  
(Y en el alma se nos borra la dulce primavera  
para dar cobijo a nuestro cruento vacío...)

¡Aquellas frías palabras

aquel infinito roto, aquellos versos que nunca más leemos!  
Palabras que nos vierten hacia un definitivo invierno,  
y en su defecto, solo quedan estas pálidas y ciegas marionetas,  
precursoras hábiles de un destino sin futuro.

Solamente palabras, palabras... ¡Palabras!  
Y aquel mudo silencio, amor.

### *Danza transparente*

(En recuerdo de tantos momentos mágicos contigo)

Se abre en el silencio blanco una luz débil  
acariciando la profunda levedad de tus ojos.  
Dentro, como respirando un amanecer cíclico  
con la brillantez del sosiego con que me rozas.

Se abre tu cuerpo impasible al tiempo, oro  
clavado en la más suma pureza de mi alma...

Y nada más es capaz de penetrar este mundo, allí,  
en ese preciso y valioso instante que va recogiendo a gritos  
la delicadeza inabarcable que por tu piel se desliza.

Entonces, termina la realidad y comienza el sueño,  
atrapándome entre huellas pasadas o quizás venideras.

Mas subyace un eco ignoto de clamor indescifrable,  
un indicio persistente, ávido de sensaciones luminosas...

Esta danza transparente bajo la oscuridad visible  
entre mis manos que se ahondan en tu inacabada sinfonía.

Se abre mi dulzura impresa, contemplada solo en ti,  
cavando un manantial sin término ni principio  
(aunque seas alfa y omega en mi existencia),  
sintiéndome como la alborada o la blanca luna  
cuando a tientas van caminando por el cielo inmenso.

Sintiendo este aterrante temor de haber hallado una estrella,  
-la más hermosa y profunda que la mar esconda-.  
La estrella de mis sueños, polvoriento vacío sin ella.

Y te abres en el silencio blanco con tu luz débil  
mientras acaricio la profundidad leve de tus ojos  
cerrados...

*quédate en mi alma*

(A ti, la infinitud de mi amor verdadero...)

Ven, quédate en mi alma, quédate  
vagando sobre el silencio profundo de mis ojos sellados,  
sellados  
por el beso más tierno que mi piel halló en tus labios dulces.

Quédate, elevándote ante el templo de mi soledad extrema,  
buscada en cada noche fría, aún más fría sin ti, sin tu amor.



Quédate en medio de las elevadas estrellas, de la blanca luna  
que a menudo confundo con tus ojos, encerrados en mi cuerpo  
con la fuerza y sensibilidad de tu mirada: mi sueño.

Y quédate en mí, muy dentro de mis profundidades,  
allí donde nadie consiguió penetrar mi amado mundo,  
ese delicado universo en el que me sumerjo y me sumerges,  
el poderoso rincón que solo tú puedes franquear con tu llave,  
con la pureza de tu ser, mi ser eterno.

Porque no hay límites que frenen tu existencia en mí  
ni suspiros que te alejen de la ribera de mi luz.

Porque te respiro como hálito, amarrado y firme,  
muy firme en mi interior, que es tuyo.

Porque me borraste contigo la tristeza derramada  
y el vacío oscuro de muchas lágrimas que surgieron...

¡Y ven, mi vida, duérmete en mi alma, duérmete,  
quédate en mis momentos, en todos mis silencios!

.....  
.....  
.....

Pero quédate en mi alma, -¡en mi alma!-.  
Y que al despertar no halle más sol  
que el de tu alma quieta...

## Jesús Pino

La aspirante madre selva al verde-verde  
y temblorosa, como el frágil  
cabello de los ángeles  
jinetes de la luz.

Marzo, con su aire joven

y armadura  
análoga a la noche.

La ráfaga

entre las hojas,  
y las hojas frente al espejo y las preguntas  
de las reinas-madres:

*¿Nosotras, las más bella?*

*No. Las más esquivas.*

Inocentes pájaros, ajenos a la sangre del carnero,  
en las densas umbrías del pinar.

Ninguna sangre. Nunca.

Ni un segundo del tiempo  
flotante sobre el cuchillo  
y la pesada edad de los enanos.

Ni una gota de sangre.

dentro del rubor infantil de las manzanas.

*¿Ella, la más bella?*

*No. La más distante.*

Sobre la piedra plana el testimonio  
de la adormidera y el verdín;  
bajo todas las lluvias y todas las ventiscas;  
entre la hierba y el respeto estelar de las palomas;  
allí. Sobre la piedra,  
el insomnio incorrupto,  
pero no con los ojos de la muerte.  
No con los ojos de los muertos.  
Ni con los ojos de la cesta de la resurrección.  
En el vientre del bosque,  
entre los ejércitos blancos  
y los navíos del sol,  
la perpetua paseante por las altas terrazas de la fugacidad,  
al acecho,  
con un dolor aún verde,  
de las frondosas negruras  
del ámbito del lobo.  
La más esclava de su fascinación.

*Vigía enamorada,*

tierna con el helado norte y el dique de amapolas.

*No. No la más bella.*

*La más indiferente.*

También la más perpleja.  
la asombrada naciente al tacto  
de unos labios tibios, viajeros,  
como un nuevo misterio del cristal.  
Con los ojos abiertos al azul de los lirios,  
a la rueda del agua, al molino de azúcar  
a la danza del panal de la miel.

Y ya para siempre  
el aroma a pan noble, a hogar,  
a puertas contra el miedo,  
a vegetal de arroyo, a caña de humedades,  
a helechos de caudal.  
Muros frente al enemigo.  
Alambradas frente a la voz,  
fingida y torpe, del brujo embaucador.  
Puente sobre la trampa de los celos  
y los socorros de las hermosas hijas  
del rey de los rebaños.

*¿Yo, la más bella?*

*¡Oh, sí. La más bella de todas!*

El viento por la habladora madreSelva.  
El viento de la inocente latitud del reino  
con su corona de oro,  
su rueca de veranos,  
su aguja de ataúdes pasajeros.

La madreSelva muy verde,  
muy verde,  
entre la solitaria manada de la luz.

## **José Manuel Lucía Megías**

*México*

### *1. Hotel Diplomático*

Desde la sexta planta del Hotel Diplomático,  
tengo la ciudad de México a mis pies:  
tablero abierto para jugar a descubrir infamias.  
Aquellas luces parpadeantes descubren sueños interrumpidos.  
Un coche cruza Insurgentes, soledad en tres carriles,  
sin huellas de ninguna presa nocturna en sus llantas.  
La misma colonia de siempre hace irrespirable el aire.  
Un avión cruza por encima del hotel y sus luces  
llenan de un aro iris instantáneo el horizonte de D.F.  
El ruido es lo de menos. Uno termina por acostumbrarse a todo.  
En la habitación de al lado, las ceremonias del sexo  
se viven en estéreo, a través de los pliegues de las puertas...  
con una soledad que se llena de babas a estas horas.  
En una esquina, triste esquina iluminada por una farola,

un niño recoge una colilla del suelo «para después de cenar»  
sin imaginar que no habrá esta vez amanecer para sus ojos.  
A lo lejos, se oyen viejos huesos de camiones  
que van limpiando la ciudad de la lágrimas que nunca

[vertimos.

En pocas ciudades del mundo, el ayuntamiento ofrece tal

[servicio.

El zócalo debe quedar lejos, a las espaldas del Diplomático.  
Un zócalo que sigue luchando contra las leyes de la geometría.  
Sin luces, las aguas subterráneas de la ciudad de México  
siguen ahí, recordando que todas estas luces se levantan  
sobre el lecho de sueños rotos y de laguna anegadas.

México es un tablero de luces a mis pies durante esta noche,  
desde el ventanal del sexto piso del Hotel Diplomático.  
Mi cama de varios metros llena de flores la habitación:  
Sólo he sido capaz de deshojar una de sus esquinas.

## *2. Tequila reposado en Los girasoles*

Sólo necesito una bala  
para acabar con todo esto,  
con este vivir sobre un puente  
que no une ningún pueblo,  
que sobre ningún río se levanta.

Sólo necesito un rifle  
para acabar con todo esto,  
con este polvo absurdo en los talones,  
con este guardar las pistolas  
debajo de almohadas solitarias.

Sólo necesito una razón  
para acabar con todo esto.  
Una palabra que me recuerde mi nombre  
con las sílabas de la infamia  
tatuadas para siempre en mi frente.

Sólo necesito una bala, un rifle,  
una razón para acabar con todo esto...

y un poco de valentía.

*3. Un domingo por ciudad de México*

Demasiado inmenso el Zócalo.  
Demasiada larga la avenida Insurgentes.  
Demasiados olores en la catedral.  
Demasiadas eses en medio de la calle.  
Demasiado picante el mole poblano.  
Demasiadas escasas las quesadillas azules.  
Demasiado dulce el tequila reposado.  
Demasiada gente siempre por todos lados.  
Demasiado sol en mi cara.  
Demasiados ceros en todas las facturas.  
Demasiados bigotes serios.  
Demasiado alta la Torre Latinoamericana.  
Demasiados ojos en el Museo.  
Demasiadas manos como muñones.  
Demasiados cercanos los olores de alcantarilla.  
Demasiado fuerte el café expresso.  
Demasiados pesados los libros de historia.  
Demasiadas búsquedas detrás del Quijote.  
Demasiadas voces en la televisión del bar.  
Demasiados jadeos en medio de la noche.

Demasiadas palabras para tan pobres versos.  
Demasiados colores en las tartas de cumpleaños.  
Demasiadas preguntas en los restaurantes.  
Demasiadas córneas torturadas en el metro.  
Demasiadas veces la primera parada.  
Demasiadas veces equivocarse de dirección.

Demasiada tristeza, demasiada soledad  
cuando tú estás lejos.

#### *4. Viveros de Coyoacán*

(recuerdo del Parque Tiantan Gongyuan)

Vuelvo a estar sentado en un banco.  
Vuelvo a estar en medio de un parque  
con los troncos de los árboles ante mis ojos  
y las miradas ausentes por los arrabales.  
Aquí no hay castañas... pero sí ardillas.  
Aquí no hay ancianas con sus bolsitas rojas...  
pero sí niños que hacen del sol un compañero de juegos.  
Aquí no hay lenguas torturadas por imposibles alfabetos...  
pero sí torturada arena bajo el incansable  
ritmo de las piernas que corren hacia ninguna parte.  
Aquí las voces me llegan hermanas  
recorriendo las fronteras de la torturada gramática.  
Aquí vuelvo a estar sentado en un banco  
en medio de un parque de cualquier ciudad.  
Siempre la misma soledad  
por más que se vista con las fiestas de otros acentos.



5. *Fantasma*

No lo vais a creer,  
pero yo también he estado en la casa de Frida Kahlo,  
y en la de Leon Trosky,  
y en la de Alvarado, ni en la de Miguel Ángel de Quevedo,  
e incluso en la de Hernán Cortés y en la de las Lupitas.

Es para no creerlo,  
pero yo también he desayunado en la cocina  
poblana, entre exvotos, con Frida y Diego.  
Les he visto pintar desde el jardín  
rodeado de pirámides, chismes y cuadros.  
Les he visto amarse desde el jardín,  
con las ventanas y las gargantas abiertas.  
Les he visto, en fin, pelearse sin palabras:  
el gesto de un pincel era suficiente insulto  
para condenar las lenguas al silencio.

Pero, y esto es aún más difícil de creer,  
yo también he dormido con Frida,  
he disfrutado viendo mi espalda en el techo  
y me he entretenido en contar sus costillas,  
todas, eso sí, de un acero de primera calidad.  
Yo también me enfermé con sus labios  
por más que nunca disfruté del tacto de su néctar.

Yo he estado, como tantos, en Coyoacán.  
Como tantos, yo he recorrido sus puestos  
y me he entretenido detrás de las rejas  
imaginando los contornos de las arquitecturas.  
Pero tan solo yo, y es para no creérselo,  
he sido capaz de ir más allá de las fachadas,  
de traspasar por una vez la puerta de los sueños.

*6. Seis y media*

Ya se levantan las sombras.  
Ya los edificios comienzan a perder sus contornos  
y los coches tienen que vestirse de verbena  
para seguir llenando de serpentinas  
el asfalto de esta ciudad sin sueño.

Ya se levantan las sombras de las alcantarillas.  
Dentro de unos minutos los habrán cubierto  
todo...  
y no quedarán ojos en ciudad de México,  
ni manos, ni pies, ni esquinas misteriosas y puntiagudas.  
Dentro de unos segundos, como por arte de magia,  
toda ciudad de México será un inmenso cuarto oscuro.

Dicen algunos que no hay por qué preocuparse,  
que este fenómeno tiene un nombre: atardecer  
y que en todos los lugares se repite una vez al día.

Pero tú y yo sabemos que no,  
que mejor no poner nombres,  
que mejor no buscar explicaciones  
a las sombras.

*7. Flores rojas*

Flores rojas en medio del hall del Hotel Diplomáticos.  
Ajenas a los torrentes de coches de Insurgentes,  
al ir y venir de viajeros con sus maletas  
llenas de recuerdos, toallas robadas y de ropa sucia.  
Suena el teléfono y no hay nadie al otro lado.  
Se pone en marcha un coche en el garaje

y un taxista espera impaciente en la puerta giratoria  
mientras la impresora marca los primeros compases  
del ballet anónimo de todos los viajesà

Y ahí siguen las flores rojas en medio del hall.  
ajenas a tantos viajeros que esconden su cansancio  
en la antipática recepción del Hotel Diplomático.  
Ahí siguen, como siempre, en sus floreros negros.  
Como siempre,  
esperando que sus pétalos caigan como sangrantes lágrimas,  
regando de vida el immaculado hall del Diplomático.

### *8. Bestiario*

(Estampas del Museo Dolores Olmedo)

*Para M<sup>a</sup> Teresa Miaja*

Los perros Xolozcuintles, tumbados en el suelo, bostezando  
dejan pasar el tiempo de extinción  
en los brazos de Dolores Olmedo Patiño,  
jugueteadando entre las vitrinas y los sistemas de seguridad  
mientras el sapo posa eterno ante el objetivo de la cámara,  
sin sonreír, sentado sobre un cansado taburete,  
mirando el lienzo como el cazador furtivo  
que se dispone a atrapar un atardecer en Acapulco.  
Una hamaca, dos libros en el suelo, dos sonrisas  
colgadas de unos muslos bronceados, de un bañador blanco.  
Dolores Olmedo Patiño posa también ante las cámaras,  
ante los pinceles, ante las audiencias entregadas,  
ante los espejos deformados de las caricaturas,  
ante los brazos, siempre cariñosos, de los presidentes  
y sus ojos rasgados, precursores del cubismo más mexicano,  
se rompen bajo unas cejas que son una línea,

trazo certero y señorial del pincel del tocador.  
Los danzantes siguen el ritmo de una música milenaria  
que hace sonreír las vitrinas de dientes limados.  
Ya no hay cenizas en las urnas funerarias olmecas.  
Ya no hay pirámides que se abracen al sol de la historia.  
Ya no hay altares luminosos en la fiesta de los muertos.  
Frida se desangra en la cama de su pintura  
y en las lágrimas de morfina y de los inevitables exvotos,  
mientras Diego llena las paredes de viejos de Toledo,  
de pobres tumbados sobre las alfombras de los bancos,  
de las líneas conformistas del cubismo más parisino  
o de la nieve más roja por las calles de Moscú.  
Los retratos parecen esconder un paisaje en los ojos  
y el abismo de las paletas y de los pinceles en el suelo  
se mezcla con la plata doméstica del emperador Maximiliano.  
Una catrina sigue cocinando en el fuego de Talavera,  
en la cocina que un día fue de Dolores Olmedo.  
Y el marfil llena de curvas imposibles el salón.  
Las fotografías del pasado se superponen sobre los muebles;  
en las paredes, se mezclan las geografías de las pasiones  
llenando e besos y abrazos los libros de historia.  
Todos los presidentes mexicanos han quedado retratados  
por los ojos cubistas de Dolores Olmedo Patiño.

Un perro Xolozcuintle se despereza y abre su imposible boca  
mientras un pavo real grita el deseo de sus plumas  
en un inacabado cuadro del paraíso de Diego.  
Ha llegado el momento de darle la espalda  
a los danzantes, a las urnas funerarias, a las estelas,  
a las imágenes devotas de Santiago y de la Virgen María,  
a las litografías de sirenas y de ferrocarriles de Angelina Beloff,  
y recuperar el aliento contaminado de Xochimilco,  
el aliento dulce y picante de un Julio reposado  
en el cinematográfico jardín de la Hacienda de Tlalpan.

## **Ramón Martín Hernández**

### *Un cuento de Chéjov*

Su título es Tristeza, lo escribió en 1886, lo leí hace muchos años, ahora lo he vuelto a leer y me ha vuelto a emocionar.

La historia se desarrolla en alguna ciudad rusa, cerca de Viborg, en una noche de invierno.

Intenté comentárselo a mi esposa, pero elegí mal momento, entraba y salía de la sala buscando algo y acabó por decirme: «Ya me lo contarás en otra ocasión, ahora no estoy para cuentos.»

El protagonista es el cochero Iona Potapov que transporta a los pocos clientes que tiene por unas calles nevadas.

Cuando le estaba sugiriendo a mi hija su lectura, le sonó el móvil, se apartó y creo que se olvidó del tema.

El cochero Iona está solo, es un anciano y se le acaba de morir el hijo.

Hace unos días encontré no sé qué motivo para hablar de él a mis alumnos, pero enseguida intuyeron que aquello no podía entrar en un examen de mate y ante el creciente ruido de sus conversaciones privadas tuve que volver precipitadamente a la regla de Ruffini.

Al volverlo a leer me he dado cuenta que mi memoria había modificado algunos hechos, por ejemplo, yo creía que el hijo había muerto en la guerra ruso-japonesa, pero no, murió de fiebres.

A un amigo que me llamó por teléfono, al preguntarme: « ¿Qué haces?», aproveché para decirle: « Pues mira estoy leyendo una recopilación de cuentos...», en ese momento me cortó y estuvo hablándome durante veinte minutos del Código Da Vinci , que según parece acababa de leer.

Creo que este cuento de Chéjov tiene que conocerlo mucha gente, el cochero Iona necesita contarle a alguien que su único hijo ha muerto, lo intenta con algunos clientes, con algún compañero, sin éxito, cuando, ya acostado, sigue sintiendo esa necesidad, se levanta, va al establo y se lo cuenta a su caballo.

### *la lista*

Lo veo por primera vez mientras pelo la naranja del postre. Lo han puesto en el pasillo, frente a la puerta de entrada y salida del comedor. Es un folio en blanco todavía. Pienso que será por lo de Nico.

El primero tenía que ser él, el Rubio, no creo que dignifique a ninguna causa el tenerlo como primer firmante; no se le puede negar una adaptación perfecta a su puesto de trabajo de almacenero, la agilidad pasmosa con la que sube por las escaleras de tijera, sus largos brazos hundiéndose entre las estanterías, lo memorizada que tiene la ubicación de todas las piezas con sus referencias y cómo lo estropea todo cuando te coloca sobre el mostrador el artículo solicitado con una sonrisa autosuficiente y estúpida.

Van goteando nombres, gente sin personalidad, incapaces de resistir la menor presión, ellos no aparecen, parece que se reservan. Me cambio de sitio en el comedor, no quiero obsesionarme, mirando cada día las nuevas aportaciones. Le pregunto a Jaime qué piensa hacer, me dice que se lo tiene que pensar. ¡Qué se lo tiene que pensar! No le entiendo. Procuro evitarle, no quiero que piense que deseo influir en su decisión.

Voy al médico por lo del estómago, me dice que si tengo alguna preocupación, le digo que todo el mundo las tiene, me receta unas pastillas efervescentes que no me voy a tomar.

No puedo evitar darme cuenta que se ha llenado el primer folio y un segundo.

A Carmen no quiero comentarle nada, volvería a decirme que no está bien que me aisle, si acaso firmo quiero que sea por mi propia decisión y no por sus razonamientos. Tampoco quisiera firmar el último, sospecharían que lo he hecho por no quedarme solo.

Hoy he visto en el tercer folio el nombre de Laura y Luisa, las administrativas, me ha dolido, las conozco desde hace muchos años, nunca lo hubiera imaginado, no entiendo qué cosas están pasando, las dos, una junto a la otra, como arropándose. Debajo he firmado yo.

Cuando salgo hacia la parada del autobús me encuentro con Julián, el clásico comercial cuentachistes, que por supuesto firmó de los primeros- firmaría cualquier cosa por hacer amigos-, va hacia el aparcamiento a coger el coche; me da un golpecito en la espalda mientras me dice: -Ya he visto que te has apuntado, ya verás como nos divertimos. ¿Sabes ese que dice que era...?

Después de una vacilación, le digo que olvidé el pase y me vuelvo rápido a la fabrica, voy hacia el comedor, hacia el

pasillo, hacia el primer folio y leo el encabezamiento: «Excursión a Zaragoza para el puente del Pilar».

### *Las mujeres me acosan*

Primero fue Laura que con una voz seductora me llamó ofreciéndome ser mi energía durante los tres próximos años; poco después, Merche, del concesionario local de la Renault, me recordó que mi Megane iba a cumplir diez añitos y que podía ahorrarme mil euros comprando un modelo nuevo. Con acento sudamericano, Tere, de Canal+, me hizo ver que me quedaban pocos días para acceder a la Plataforma Digital sin tener que pagar nada hasta el año que viene y Leire, me tentó después con una tarjeta de crédito sin gastos y con descuentos en las gasolineras. A una hora no comercial, las once de la noche, me sorprendió la llamada de Marisa, una compañera, para pedirme que atendiera a sus alumnos a primera hora de la mañana del día siguiente, ya que ella tenía que ir con un hijo al médico; nada más colgar, mi esposa, desde la cocina, con el tono de voz que pone cuando está celosa, me reconvino: -Cariño, que tu intensa vida social, no haga que olvides que llevan más de una semana dos bombillas de la lámpara de la sala, fundidas. (Me conozco y sé que algún día cederé)

### *El concierto*

Viene en autobús, junto a otros treinta compañeros, desde un pueblo de la Mancha. Salen a las cuatro de la mañana. Trabaja en la construcción de un edificio de muchas plan-



tas en la Castellana. Después de comer el bocadillo, sentado en el suelo y apoyada la espalda en un trozo de uralita, se queda traspuesto. Es rubio, su perfil es eslavo, en sus delicadas manos de pianista ya se observan las huellas de la carretilla, sus dedos interminables presionan de forma suave y alternativa sobre sus rodillas, en su cabeza resueña un preludio para piano de su compatriota Sergei Rashmaninov.

### *Nombres*

Fui con tiempo, y en una pared de pizarra del huerto del Goyo, a las afueras del pueblo, con una navajita que me había regalado mi abuelo, rayé mi nombre y puse una X debajo y esperé en vano a que llegara ella para poner el suyo: Lucía. Años después, al pasar por aquel pueblo casi abandonado, les dije: «Venid, os voy a enseñar una cosa», y mi hijo pequeño, entre las risas de todos, puso debajo de la X el nombre de su madre: Irene.

### *De alta*

Me he levantado de la cama, nada me sujetaba a ella, mis padres no están, he cogido mecánicamente la llave de detrás del cuadro del Sagrado Corazón, afuera no está el penoso jardín sin flores con mujeres de bata blanca siempre de prisa de un pabellón a otro, hay calles, escaparates, luces, gentes que caminan, hablan, ríen y parecen normales, me he metido entre ellos.

## *Con/pasión*

Sólo entro en una iglesia, ahora que tengo tiempo, cuando al pasear por el barrio -este barrio en el que antes nos conocíamos todos-, veo a la puerta un entierro con poco acompañamiento; siento una compasión irreprimible y entro, simplemente para hacer bulto, para que sus familiares y amigos no se encuentren tan solos.

Los muertos, supongo, son perdedores, ancianos que han sobrevivido penosamente a sus hijos y a los compañeros de la empresa donde trabajaron, emigrantes que quizás eran alguien en sus pueblos, solitarios que no tenían carné de partido ni jugaban al mus.

Las pocas personas que se colocan detrás del ataúd se acercan vacilantes, el oficiante espera nervioso y cuando llega la homilía despacha de manera rutinaria e impersonal la oración fúnebre.

Esta tarde a la salida, una mujer de cierta edad, se ha vuelto hacia mí, ha cogido mis manos entre la suyas, me ha mirado con sus ojos brillantes por las lágrimas y me ha dicho: -Gracias. Sabía que vendrías. Fuiste el único amor de su vida.

La sorpresa me paralizó y me dejó sin habla. Estoy seguro de que está en un error, pero tengo que mirar con detalle las esquelas.

## **Marisa Morata Hurtado**

### *Sin título*

No era fácil llenarse las manos de grasa y no vomitar mientras revolvían en el cubo los restos de la paloma muerta. Era ese tipo de cosas que les gustaba hacer sin que les llegaran a gustar, pero que eran necesarias. La gaviota le había destrozado las entrañas y sólo por furia, sólo por sangre, la habían metido en el cubo en el que se enfriaban las cervezas. Quizá lo hacían sólo por eso, por la cerveza, pero se les rompían el cuello y los huesos de paloma al paso de sus dedos y sus uñas, y se llenaban de sangre que luego limpiarían en la playa. Las palomas no son la playa. Llenar de cagadas de paloma las maderas del muelle no forma parte de la playa, no forman parte de la playa las palomas, en esa arena, a esas horas. Ya sólo gaviotas, mejor sólo gaviotas. Y la paloma muerta destripándose en un cubo lleno de hielo, ya vacío de cerveza. Las botellas aún húmedas, con la última espuma, se acumulaban en la arena y ellos revolvían la paloma muerta y aún no pensaban en lavarse las manos. No había nadie, pero eran como gelatina las plumas mojadas, como pelo que apestaba a rata de

cielo, a vida en el aire.

A ella le dio la primera arcada de sangre y espuma. No vomitó, no vomitaron, llevaron el cubo a la orilla e hicieron un hoyo en la arena mojada. Mano a mano, uña a uña, esas uñas un poco rojas de los restos de animal y sus propios restos. Pronto venía una ola y destripaba el agujero, lo llenaba de trozos nuevos, agua en todas partes, y lo inundaba, y había que sacar a la paloma del cubo y eso tampoco era fácil. Tenía el pico abierto, muerto, y un ojo de menos, un ojo de más. Ella se alejó con la mano ensangrentada en la boca. Un poco de arena se le quedó en la punta de la nariz. Estornudó y fue a mojarse las manos. Empezó a caminar agua adentro. Caminó con la ropa puesta, frotándose muy bien las manos de sal y playa. Sentía un asco repentino y le parecía que faltaba luz. Era ya esa hora en la que se deja de ver, en la que todo está medio rojo, medio morado, azul, última luz. Era esa hora y le picaban los ojos y no podía rascarse con las manos llenas de sal. Lo observó a contraluz, contra última luz, sacando con mucho cuidado del cubo la paloma. La llamó desde la orilla. Ella negó con la cabeza. Volvió a decir su nombre. Ella volvió a negar. Él se resignó a un entierro a solas, ojo a ojo, cara a cara, pluma a pluma.

Un ave tan mojada, tan en sangre, y un cuerpo a medias. En el cubo aún flotaban algunas de sus vísceras, y no supo qué hacer con ellas. El hoyo ya era lo suficientemente grande y húmedo, arena y piedras. La dejó con mucho cuidado, para que el cuerpo no perdiera más cuerpo, no sufriera más, y después la fue tapando, como una madre arropa a un hijo, como un borracho entierra a una paloma. Cada vez menos luz, más mar el mar. La orilla más lejos, la marea más baja. La brisa le dio un temblor de cerveza, de repente, y volvió al cubo, después de pisar con los pies

desnudos la tumba de arena, después de pisarla y saltar sobre ella y gritarle algunas sílabas ebrias al cielo, a ella, la paloma y ella, que nadaba vestida cada vez más lejos, cada vez más de noche. Tan solos... que gritó, gritó como una gaviota y saltó sobre la lápida, saltó sabiendo que el mar la dejaría en paz y cogió el cubo y dejó caer los vestigios de vida, el hielo y el cuerpo sobre su cabeza, después de quitarse la ropa y notar el tacto caliente, frío, de las entrañas y plumas que le caían encima.

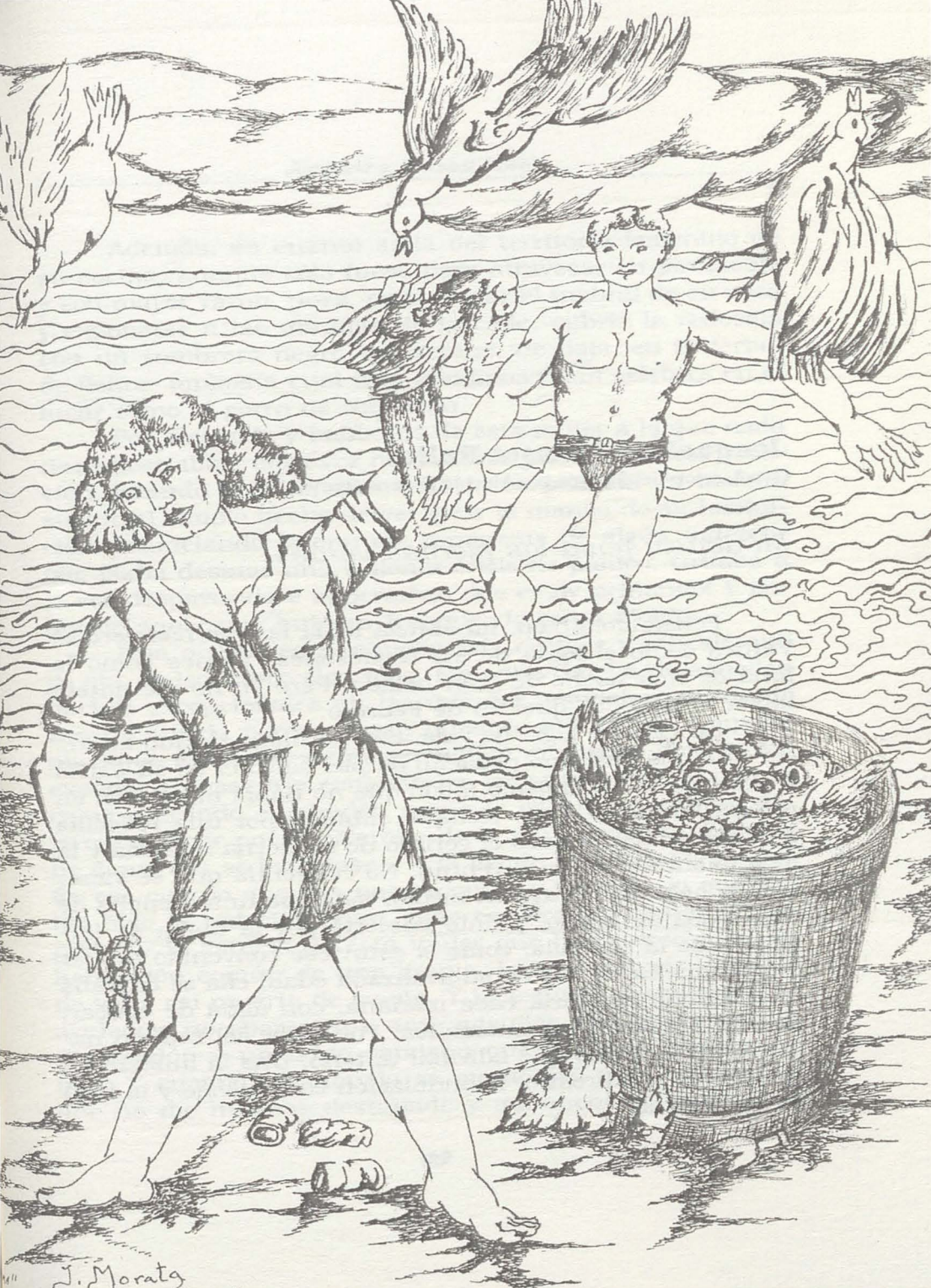
Se metió corriendo al agua antes de vomitar. Dejó un rastro leve de sangre aguada a su alrededor. Sangre y sal. Fue a buscarla a ella. Caminaba aún, muy lenta, de espaldas, la ropa pegada al cuerpo, el pelo a la cara, tiritando a ratos, cantando muy bajo a otros. Se le acercó por la espalda, con un ruido de agua, sólo las gotas que sonaban de sus pasos, sólo silencio de agua. Ella permanecía de espaldas, no lo miraba, y él la tocaba, él sin ropa, ella sólo tejidos pesados, cargados de gotas. La tocó de espaldas y sólo le besó la nuca y la abrazó mientras lloraba en su cuello por la paloma muerta. Ella no quería gritar. Siempre gritaban, ahora no quería gritar. Él le lamió un oído salado, ella siguió sin girarse, sin hablarle, sin moverse. Se lanzó al agua de golpe, huyó de él. Él se quedó desnudo en el mismo punto. Todo le olía a paloma muerta. Vio que en la arena ya sólo brillaban sus botellas vacías, el cubo derruido, abandonado, inclinado en la orilla, era posible que pronto se lo tragara el mar, allí, tan cerca de las olas. Fue a por él. Se apretó el vientre tratando de no vomitar mientras salía del agua. Le pesaban los ojos y la sal de la boca.

Ella seguía nadando vestida, llena de agua, que le pesaban los pasos, y el pelo largo, y las hojas secas que de repente añoraba. No iba a gritar, sólo dejarse caer en el agua, dejarse flotar. Y ese silencio de fondo, de cabeza va-

cía, sólo agua de oído a oído, sólo agua. Sentirse allí dentro, tapada, cubierta, en el mismo fondo en el que moría la paloma, allí mismo. Salir de golpe con la respiración ola a ola, las gaviotas encima y el sol menos sol que nunca, ya no sol, ya la playa apenas soportaba un brillo tenue de botellas vacías, apenas eso. Vio la silueta de él, sentado desnudo en la arena, mirándola a ella. Lo saludó con la mano y volvió a adentrarse en el agua, oyendo sólo la fuerza de su respiración.

Allí todo estaba bien, todo tan bien... No le importaba necesitar oxígeno, no le importaba, porque en ese silencio todo estaba bien. Le ardían los ojos, al principio, de tenerlos tan abiertos, pero en seguida aquella oscuridad también era el silencio, y cómo salva el silencio, y cómo ayuda no pensar, sólo agua en cada ojo, abrir la boca y dejarla entrar, dejarla entrar y rasgarse con las manos la camiseta, porque allí dentro ya no hace falta y no hace falta salir a tomar aire, porque el agua cuida, el agua arropa, el agua da calor, tanta sal en cada hueso, tanta agua, tanta sal, que quiso dejarse hundir y arañó con los dedos la arena del fondo y notó cómo se colaba entre sus uñas, cómo iba formando parte de la arena, las olas, y ya no había tierra entre ella y ella, nada más que agua, sin tierra, sin nada más que su boca cubierta de sal, sus ojos cubiertos de sal, como una paloma en lo más hondo de la arena, una paloma de alas mojadas, sentirse dentro y saber que el llanto ya no es llanto bajo agua, bajo tierra, el llanto sin aire es como no llorar. Y entender que el agua también puede ser aire y notar cómo se van llenando los pulmones, de aire, de agua. Saberlo y, sin sacar la cabeza, verlo a él allí, verlo allí del otro lado de la arena, sentado en la arena, sabiendo que él aún no sabe que lo único que salva es el agua, es el mar.

—



J. Moratz

## **Jacqueline Jousset Rolin**

(Traducción del francés por Marina Blanca Riaño)

*Mi abuela tenía las piernas verdes.*

Pensándolo bien, mi abuela tenía las piernas verdes. Verdes como el agua de los requesones. Verdes como la luna de una noche de gran helada. Pero yo no me enteré hasta el alba de aquel 29 de Febrero.

En casi un siglo de vida, ella no había dejado aparecer ni el más mínimo pedacito de piel salvo el de su carita y sus manos. Del mismo modo que no había mostrado, en público, su pelo desde siempre cubierto por una redecilla que había reemplazado el gorrillo de su tierna infancia y la toca cuadrada de su juventud. No consentía que se viese, a cada lado de su raya en medio, más que una crencha de dos dedos de ancho, pronto cubierta por la malla de terciopelo de la redecilla; como si estuviese convenido probar que no era calva. Pero a su avanzada edad, ella se cuidaba muy mucho de fijarla cada mañana, con agua de azúcar, de una manera casi automática. Por nada del mundo nadie hubiese tenido que adivinar antaño, tras la austeridad del cuerpo y del rostro, la ondulación casi salvaje y la fuga de su melena.



Además, en cuanto salía del territorio femenino de su cocina, aunque sólo fuese para atravesar su jardincillo y con mayor razón, pues, para cruzar el umbral de su casa y exponerse a las miradas de la calle, cubría la redecilla con un sombrero negro -en verano, de paja, en invierno, de fieltro- ambos a cual más anodinos y tan célebres en el lugar como el gorro de Napoleón.

Por otro lado y hablando de esta mujer a la que nada desconcertaba y cuya voz no delataba jamás la menor emoción, cuando al alba, en camisón, se peinaba su melena suelta, el simple hecho de ver girar la manija de su habitación, anunciando la entrada inminente de algún indeseable, podía desatar una violenta crisis de pánico. Gritaba a la vez despavorida e imperativa: ¡Me estoy peinando! Y pobre de aquel que hubiera franqueado lo prohibido.

Una o dos veces, aquella cría curiosa y rebelde que yo era, quiso saber algo más. Me aprovechaba de aquellas noches excepcionales en las que me mandaban a dormir con mi abuela porque algún huésped inesperado ocupaba mi cama. Entonces yo me prohibía a mi misma dormir. Me exponía a pasar frío echando las sábanas a los pies de la cama y tirando el edredón rojo a la callejuela para no dejarme atrapar por el calorcito de la pluma de oca. Esperaba a que ella se levantase... A la luz de la luna yo vería por fin ese cuerpo que ella nos escondía y también lo que había bajo la redecilla. Pero, todo eso era sin contar con el pudor y la astucia de esta mujer que había crecido en la habitación común de una granja. La primera vez, a pesar de todo, caí muerta de sueño. Y la segunda, bajo los rayos azulados, no aparecieron ante mis ojos más que un gorro de algodón y un largo camisón que le llegaba hasta los pies. Y encima, mi abuela se me acercó para comprobar que no me hubiese destapado y me encontró de rodillas

encima del colchón. No tuve más remedio que mentir e inventar no sé qué mal sueño, en lo que ella no creyó ni un instante; y salí de aquella con un catarro de mil demonios.

Así que fue efectivamente aquella mañana del 29 de Febrero, en la que el frío cortaba el aire en poderosas ráfagas, cuando yo descubrí el singular color de su piel; y además toda la parte central de su cabellera que, teniendo ella entonces noventa y seis años, seguía siendo de un hermoso color castaño, bordeado de gris en las sienes.

La víspera se había ido a «la viña», era el momento, decía, de podarla; bajo el frío, latía la savia. Ella se había ido arropada con su raído chaquetón negro, su cabecita de pájaro protegida del hielo por su gorrito de fieltro, sin guantes y, su tijera de podar bien aceitada en su cabás de hule. Había regresado con la cara congestionada, los labios azules, el pecho rugiendo como un horno atiborrado de leña hasta los topes.

El médico al que ella hubiera echado a la calle, de haber podido hablar, la había llevado él mismo al hospital. Allí manos sacrílegas cometieron lo irreparable. La despojaron de sus jerséis y refajos, la auscultaron, la aseptizaron. Cortaron su larga trenza y la tiraron. Le pusieron una túnica tiesa de pueblerino de Calais. Metieron en sus venas vírgenes, larguísimas agujas mortíferas. O sea me la asesinaron.

Y aquel 29 de Febrero, a las ocho de la mañana, después de haber arrancado por así decir, la campanilla del pasillo de entrada, me la depositaron en sus sábanas de lienzo moreno.

Yo la miraba, tan minúscula, tan misteriosa todavía.

Abrí su armario. El de la dote de su matrimonio. Sólo ella había tenido acceso a ese armario hasta entonces. Tuve conciencia de cumplir un rito sagrado. Elegí la más hermo-

sa de sus chambras, la de las fiestas, la que en verdad casi nunca se había puesto, la de terciopelo pardo y el más fino de sus refajos; el que el artesano tejedor de su pueblo había tejido en su telar y que no había sido teñido puesto que estaba hecho de la lana de las ovejas negras.

Encontré sin dificultad, un par de medias negras de algodón que ella tenía preparadas y una redecilla brillante envuelta en papel de seda.

Coloqué el conjunto en su silla.

Luego, rogué a mi abuela que me perdonara porque yo iba a tener que tocar su cuerpo que ella se había empeñado en esconder al mundo.

La pena subía en menudas oleadas hasta mi garganta pero lo que me hizo llorar fue el recuerdo de aquella culpable curiosidad de niña que no dormía por saber.

La vestí con infinitas precauciones, con mi cara vuelta, despegando mi mirada de su pecho, para no humillarla más aún, como habían hecho en el hospital. Pero para ponerle las medias me hizo falta mirar y mirar bien. Y vi unas piernas de moza, sin la menor mancha, sin la menor vena marcada. Una piel nueva, satinada, lustrosa, de una suavidad inesperada. Piernas que jamás habían sido expuestas a la luz del día y que, por el casi centenario roce contra el algodón y los refajos de lana negra, habían adquirido ese curioso tono verde.

Entre sus dedos juntos coloqué su rosario y su medalla milagrosa. Pero este último gesto me dejó totalmente insatisfecha: juzgué a mi abuela digna de muchos otros viáticos.

Ella, Rosa, Angelina, Victorina, con sus noventa y seis años de manos curtidas y sus noventa y seis años de luminoso esplendor de los días, de guerras sin piedad y de juegos infantiles, de risas de cascabel, de voz redonda y

soperas destrozadas, tal que una reina de Egipto, debía entrar en el más allá con todo lo que tejó su vida.

Así pues, puse yo, soñando, alrededor de su humilde cama y, antes, entre sus manos, plumas de arrendajo, de faisán, el plumón vaporoso del polluelo de la oca. Las más aterciopeladas rosas y aquel cuchillito de mango irisado; su pequeña hoz; una gran raja de calabaza y los panecillos aún calientes de su panadería; el catálogo de la manufactura de San Esteban; tres teclas de nácar del acordeón de mi abuelo: José Enrique Eugenio y su cruz militar que ella había merecido tanto como él, al sobrevivirle sin sueldo; el vuelo de los vencejos con su ruido de abanico que se cierra cuando entran en un aire más caliente y que ella miraba desde el umbral de su puerta, cada tarde de verano; las camisillas de tela que ella hizo para mi padre, con sus lacitos azules; un plato de caracoles en salsa bordelesa; unas clavellinas cuyo perfume la hacían estremecerse; la bayoneta que José Enrique Eugenio se trajo del frente, así como su camisa agujereada por un trozo de metralla; el luis de oro gastado que le entregó su padre cuando ella abandonó la granja para instalarse en la ciudad; la foto más glamurosa de Grace Kelly que ella veneraba; la fuga dorada de la jineta en el bosque de su infancia y el ojo amarillo de las víboras que ella mataba de un tajo de hocino; el gordolobo; la artemisa; la corregüela de caminos; el lampazo; un frasco de linimento de Siam; su «bastón» dicho de otro modo, los dos troncos enlazados de madreSelva que le servían de garrota los días de malos reumas; sus ramilletes de azulinas de aciano, amapolas y margaritas que ella ponía en su ventana durante la segunda guerra. Por último, el puñado de sal en su bolsillo para que nadie le echa-se un mal de ojo. Y sobre todo, no olvidar las camisas grises del joven oficial que le dio a lavar su ropa y que ella

reconoció una guerra más tarde, en todos los periódicos de Francia: era él efectivamente, el mismo y lucía cinco estrellas en su kepi... ¡No! ¡Decididamente era imposible reducir su vida a unos cuantos recuerdos rotos!

Apenas había yo avisado a mis padres, por telegrama, del fallecimiento de mi abuela, cuando me puse a escribir a modo de esquila funeraria, las primeras páginas de la historia de Rosa y, como por encanto, yo le susurré esta canción, la única que ella hubiese sabido de verdad:

Tengo dos hermosos bueyes en mi establo.

De bueyes blancos y rojos hablo.

De madera de arce la carreta.

Y un tronco de acebo la picana.

Si los tuviese que vender

Yo me colgaba, yo me colgaba



Índice	pág
Paco Morata.....	7
Antonio J.L. Contreras Lerín.....	11
Manuel González Seoane.....	15
Enrique Galindo.....	20
Lola López Díaz.....	25
Joaquín Copeiro.....	32
María Antonia Ricas.....	44
Juan Carlos Pantoja Rivero.....	47
Tomás López Muñoz.....	60
Reyes Santiago Ostos.....	66
Ana Isabel Rodríguez Ortega....	69
Jesús Pino.....	74
José Manuel Lucía Megías.....	77
Ramón Martín Hernández.....	85
Marisa Morata Hurtado.....	91
Jacqueline Jousset Rolin.....	96

---









Copia digital realizada por el  
**Archivo Municipal de Toledo**

# PATROCINA



*Telefónica*